

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

AÑO III.—NUM. 755.

Domingo 24 de mayo de 1857.

EDICION DE LA MAÑANA.

ADVERTENCIA.

Rogamos a nuestros suscritores disimulen la tardanza con que hoy se reparte **EL OCCIDENTE**, lo cual no depende de nuestra voluntad. A las cinco de la madrugada de hoy domingo, aun no hemos recibido gran parte del extracto oficial de la sesión celebrada ayer por el Senado. Ignoramos la causa de este retraso, que creemos será extensivo a todos nuestros colegas de la mañana.

MADRID 24 DE MAYO.

Cuando el general O'Donnell habló por primera vez en el Senado, nosotros creímos, y con nosotros todos los que escucharon el final de su discurso, que el corifeo de la unión liberal renunciando a la realización de tan extravagante utopía, se refugiaba resueltamente en el campo progresista, y abrazaba con el expansivo fervor de un neófito, las doctrinas de esta comunión política.

Cuando rectificando en el siguiente día, dijo el mismo general O'Donnell, que él no era, ni había sido progresista ni mucho menos demócrata, casi nos inclinamos a creer en una fascinación de nuestros sentidos, porque no podíamos concebir ni como remotamente verosímil, la triple revolución de una eminencia política en el brevísimo espacio de veinte y cuatro horas. Pero cuando en la sesión de ayer, los amigos del conde de Lucena se esforzaron con mas talento que fortuna en quitarle la nota de progresista, en presentar el limpio y puro de las aguas del Aqueronte revolucionario; cuando en la mencionada sesión sostuvo el autor del programa de Manzanares, que no había dicho que era moderado en las Cortes constituyentes, ni lo diría ahora tampoco, nos preguntamos en el colmo de la sorpresa y del asombro: ¿Qué es el general O'Donnell? Antes del día 19 de mayo pasaba por jefe de la unión liberal, es decir, por cabeza de una fracción perteneciente al partido moderado-conservador; el mismo día 19, hace una magnífica apostrofa de las Cortes constituyentes, y fraterniza en ideas, en sentimientos y en posición con los senadores progresistas; forma solemnemente con ellos, y tomando por testigos a todos los respetables miembros de la alta Cámara y a todos los individuos del ministerio, una alianza ofensiva y defensiva, una especie de pacto de familia. En el inmediato día 20, rasga su vestidura de catecúmeno, no quiere ser anabaptista político, y renuncia al nombre de progresista. El día 25 el general Ros de Olano echa en rostro al marqués de Pidal el que hiciera donación *inter vivos* al partido progresista del general O'Donnell, y el general O'Donnell a las dos horas, ó menos, rehusa terminantemente confesar que es moderado.

Estas evoluciones tan rápidas, tan originales, aun en un país en que la consecuencia no es la principal virtud de los hombres públicos, nos trae a la memoria una obra llena de luz é ingenio escrita en el siglo XVII, que tenía por título: *Historia de las treinta y cinco revoluciones del fidelísimo pueblo de Nápoles*. Sin embargo, nosotros estamos persuadidos de que el general O'Donnell estima mucho su honra y respeta demasiado el fallo inexorable de la posteridad, para dar lugar con su conducta posterior a que se ponga sobre su historia política un epígrafe parecido al que hemos indicado.

Aceptando al conde de Lucena tal como puede aceptarse después de su última conversión, estamos casi autorizados a considerarle como el jefe de la unión liberal. Mas esta palabra continúa siendo un enigma de nueva especie, cuyo verdadero sentido no alcanza a penetrar todo el talento de los Edipos modernos, porque sus mismos autores se hallan al parecer en extremo divergentes respecto a su explicación. El general O'Donnell manifiesta en sus discursos que la unión liberal envuelve la canonización de las doctrinas capitales enalzadas en la Asamblea constituyente, lo que junto al programa de Manzanares, envuelve el credo político del partido progresista.

El general Ros de Olano, describiendo su política y la del conde de Lucena, asegura que ambos son conservadores porque son monárquicos constitucionales. Este rasgo es brillante en oratoria pero nada dice en política; no establece la menor línea de diferencia entre los confederados liberales y los demás individuos del partido moderado, porque estos últimos son también sinceramente monárquicos constitucionales y aceptan las conquistas de la civilización espontáneamente sancionadas por la Corona.

El señor marqués del Duero, por su parte, proclamándose partidario de la unión liberal, combate, sin embargo, actos muy importantes de la Asamblea constituyente, y no vacila al decir con una franqueza verdaderamente honrosa, que en aquella Asamblea había mas moderados que el Sr. Nocedal, puesto que estaban también los señores Ros de Olano, Rios Rosas, Coello y el mismo

marqués del Duero. Por manera que si se atiende a las manifestaciones del general O'Donnell, la unión liberal es la nueva edición del Símbolo progresista, sostenido también por algunos hombres salidos del partido moderado; si se fija la mente en los pensamientos emitidos por el general Ros de Olano, el fondo de la unión liberal lo constituyen las ideas conservadoras con algunos matices, cuyo secreto y novedad no se nos ha revelado todavía; si se detiene el examen en las expresiones del general Concha, los afectos a la unión liberal eran en los momentos de prueba y se proclaman aun individuos del partido moderado. ¿Cuál de estas manifestaciones merece mayor crédito? ¿Cuál de ellas es el verdadero catecismo de la unión liberal?

Estudiando la unión liberal en el terreno de la práctica, ya que tan difícil ó, mejor dicho, imposible parece comprenderla y definirla en la región de los principios, debemos detenernos en el ensayo que se hizo de ella en los tres meses en que estuvo rigiendo la nave del Estado el ministerio O'Donnell-Rios Rosas. En este ensayo resaltan la misma incoherencia, la misma indecisión, una amalgama insostenible de hombres, de ideas y de actos gubernativos los mas contradictorios; de la Constitución de 1845 esencialmente monárquica, con un acta adicional que tiene tendencias democráticas, bien pronunciadas; la abolición de las instituciones progresistas y muchos hombres notables del partido progresista asociados a la marcha del gobierno y formando parte de él; no era, en nuestro concepto, la dictadura como ha confesado el general O'Donnell, porque el nervio de la dictadura consiste en el pensamiento único del que manda; era mas bien la confusión, ó sea la falta de todo grande pensamiento político, la ausencia completa de un sistema.

Si la unión liberal es una cosa inapreciable en teoría y fantástica en su aplicación, si hay buena fe de parte de los que la han proclamado, como no nos atrevemos siquiera a ponerlo en tela de duda, conociendo los antecedentes de los generales Ros de Olano y Concha, y habiendo oído sus brillantes peroraciones, como nunca nos atrevemos a negarlo respecto de otros generales y otras altas notabilidades políticas, si se desea con sinceridad la reconciliación, ¿por qué, dejando a un lado estériles logomquias, y sacrificando si necesario fuesen pequeñas susceptibilidades de amor propio, no se acepta la bandera de paz que ofrece el gobierno? Este gobierno ha salido del seno del partido moderado, tiene una mano fraternal a cuantos han profesado sus ideas, representa doctrinas acatadas sustancialmente por todos los que, quizás en un instante de irreflexión, quizá bajo la presión de muy nobles sentimientos, se mostraron disidentes de este partido sin renunciar ni a su nombre, ni a sus principios.

Apresurémonos a terminar el triste espectáculo que estamos dando a la Europa y al mundo civilizado con la reproducción incesante de nuestras fatales discordias, y probemos que para españoles amantes de su patria, no es difícil el valor de la magnanimidad, el valor que consiste en olvidar para siempre los agravios mutuamente inferidos.

El proyecto de contestación al discurso de la Corona ha sido aprobado.

La sesión de ayer del Senado ha tenido esto de importante. Los debates se iban haciendo en extremo personales y las prácticas parlamentarias se desnaturalizaban en demasía, para que nosotros, y con nosotros el país entero, no deplásemos el giro lastimoso y perjudicial que se había dado a esta discusión.

El espectáculo que las pasiones políticas ó la impremeditación han ofrecido estos días en la Cámara vitalicia, no quisiéramos en verdad que se reprodujese, por honor de la nación y prestigio del sistema constitucional; y al consignar el sentimiento con que hemos visto los acalorados discursos que allí se han pronunciado, hacemos votos sinceros porque sea esta la última vez que resuenen peroraciones tan apasionadas en un recinto donde solo debería oírse la voz del interés general, la voz de la sabiduría y la razón, la voz de la prudencia y el buen consejo; porque de la augusta, noble y respetable Cámara de señores senadores, no deben salir sino leyes acertadas, previsoras y benéficas.

Empezó la sesión a las dos menos cuarto, bajo la presidencia del señor marqués de Viluma. Leída el acta de la anterior, el señor ministro de la Guerra hizo una pequeña rectificación, por haberse variado el sentido de sus palabras en uno de los párrafos de su discurso del día anterior, según lo que aparecía publicado por la *Gaceta* en el extracto oficial de la sesión del Senado. El señor presidente dijo que la rectificación se haría constar, y el acta fue aprobada.

Acto continuo entró a jurar el señor senador D. Martín de los Heros é ingresó en la quinta sesión.

El señor presidente leyó el orden con que se tenía pedida la palabra, y la concedió, por corresponderle en contra, al señor Collado, el cual se levantó para decir que, en obsequio a la bre-

vedad y a lo fatigado que debía estar el Senado de un debate sobre que se había discutido ya tanto, renunciaba a hablar, cuyo ejemplo siguieron los señores Ferraz, Oliver y Gonzalez.

Tocó el turno al general Serrano. Dijo, como el señor Concha y el señor Ros de Olano en la sesión anterior, que se había propuesto no hablar, pero que el giro triste y desgraciado que se había dado a la discusión, le obligaba a usar de la palabra, para dejar consignado que no escatima al general O'Donnell la parte de responsabilidad que pueda corresponderle.

Aludió con calor a la manera ensangrentada, según su propia expresión, con que se había tratado de la sublevación del Campo de Guardias, y añadió que su señoría pertenece a la unión liberal desde antes que este partido existiera. Espresó en seguida que ni él ni sus amigos desean el poder; y aprovechó la ocasión para esponder, que si la casualidad hacia que fuesen generales los cuatro jefes del nuevo bando político, no por eso debía temerse ni sospecharse siquiera que fuesen capaces de volver a promover conflictos, antes bien, mientras el presidente del Consejo siga la política de conciliación, terminantemente espresada en las nobles palabras de su discurso del sábado 17, ó estarán a su lado ó harían una oposición pasiva.

Llegó la vez al señor Calonge para rectificar, y lo hizo con el mismo fuego con que inició los debates.

Dirigiéndose al señor duque de Valencia, manifestó lo mucho que sentía no haber visto levantarse al presidente del Consejo de ministros para defenderle, como lo había hecho con otros generales; é insistió de nuevo en que jamás había conspirado ni se había sublevado.

Pero el general Narvaez, que usó de la palabra para rectificar con la nobleza y desinterés de que ha dado tantas pruebas durante el curso del debate, le demostró que no se había levantado para defenderle, puesto que no había sido por nadie atacado, sino únicamente aludido.

Estrañó el señor duque de Valencia que el general Calonge intentara llevar de nuevo la sesión al peligroso sendero de las recriminaciones, y le dijo que era una ilusión de su señoría la aseveración de que había traído a la barra de los acusados a los generales de Vicalvaro.

Rectificaron en seguida el señor marqués de Miraflores y el general Ros de Olano, lo mismo que el Sr. Calonge. El señor general La Rocha renunció la palabra.

Habló en pró del dictamen el Sr. D. Alejandro Olivan, como de la comisión, estendiéndose en graves é importantes consideraciones políticas y a propósito del nuevo partido que ahora se proclama, espuso que estos no se inventan ni se constituyen fácilmente. Después de demostrar que el partido progresista no carece de hombres eminentes, sino de máximas prácticas de gobierno, dedujo la feliz consecuencia de que importa mucho, para el futuro, ahogar en su germen el virus revolucionario.

Se ocupó de cuestiones administrativas, y al hacerse cargo de todo lo que se ha dicho sobre la centralización, consignó que después de la revolución que dió nueva vida a los pueblos, millares de estos tomaron por principal medida la supresión de las escuelas primarias.

El señor duque de San Miguel, obligado defensor en la alta Cámara del partido progresista, salió a su defensa contestando al señor Olivan, pero nada nuevo ni notable nos dijo, y su discurso se perdió entre los murmullos que arrancaba a todos el natural cansancio de la Cámara.

El señor Tejada tenía la palabra en contra, porque quería esponder sus doctrinas de gobierno en un discurso: habló del Concordato, del valor y legitimidad de las leyes de las Cortes constituyentes y de la reforma del Senado. El Sr. Saijas dió tan razonada contestación a cada uno de los tres puntos en que había dividido su discurso el señor Tejada, que la Cámara le escuchó con satisfacción marcada y demostraciones de perfecto asentimiento.

La sesión se había prorrogado, y después de una corta rectificación de los señores Tejada, Luzuriaga y ministro de Gracia y Justicia, consultada la Cámara, se pasó a la votación, aprobándose por 96 votos contra 46 el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

La sesión se levantó a las seis y media de la tarde, y el señor presidente dijo que se avisaría a domicilio para la próxima, por no haber asuntos pendientes.

Bajo la presidencia del señor Maquieira, se abrió a las dos menos cuarto la sesión de ayer en el Congreso.

Aprobada el acta del día anterior, dióse cuenta de un dictamen de la comisión de actas, relativo al distrito electoral de Osuna, proponiendo su aprobación y la admisión como diputado del señor Sanchez Silva. El Congreso lo acordó así sin oposición alguna.

No sucedió lo mismo con el acta de Fuensagrada, distrito electoral de la provincia de Lugo, que estaba señalada para la orden del día. La comisión no estaba de acuerdo respecto a la manera de apreciar los hechos que constituían la

gravidad del acta; así es, que se presentaron dos dictámenes, uno de los individuos de la mayoría proponiendo la aprobación, y otro suscrito por la minoría, opinando que el acta fuese invalidada.

Empezó la discusión por el voto particular, contra el cual usó largamente de la palabra el señor Vazquez Curiel, portador del acta, esforzándose en desvanecer los cargos formulados en el dictamen de la minoría contra las elecciones de Fuensagrada. Pero eran estos de tal magnitud, y constaban tan palentemente en las protestas, que fué vano el empeño del señor Curiel, y solo produjo el resultado de que se pusiesen mas de manifiesto los vicios é ilegalidades cometidos en aquel distrito para hacer triunfar la candidatura del señor Vazquez Curiel.

El joven diputado D. Antonio de Jesus Arias tomó a su cargo la defensa del voto particular, y después de rechazar con dignidad y energía ciertas especies poco meditadas, vertidas por el Sr. Curiel en su discurso, y que podían inferir ofensa a los individuos de la minoría de la comisión, rebatió, uno por uno, todos los argumentos de su contrincante, y con la facilidad y elocuencia que hemos tenido ocasión de elogiar otras veces en el diputado castellano, puso de relieve los hechos que acreditaban la nulidad del acta de Fuensagrada.

No seguimos al orador en todos los puntos que tocó en su razonable y elocuente discurso. Solo diremos que, entre los mas graves, era uno el de haberse presentado nada menos que la mitad de los electores, inmediatamente después del escrutinio, protestando contra las ilegalidades cometidas en este, y acusando a la mesa de haberle falsificado.

Ante tan notorios abusos, espuestos por el señor Arias con la mayor corrección, sencillez y claridad, muy poco pudo hacer el señor Posada Herrera en defensa del dictamen de la mayoría; y fácil era adivinar, después de oír al señor Arias, que triunfaría el voto particular y quedaría anulada el acta.

Al procederse a la votación, se pidió por algunos señores diputados que fuese nominal. Así se verificó, resultando que el voto particular fué admitido por 131 votos contra 28, aprobándose acto continuo en votación ordinaria.

El Sr. Reina manifestó, al principiar la sesión, que de la inspección verificada en la caja del Congreso, resulta que no solo no hay desfalte alguno, sino que aparece un saldo a favor del desgraciado archivero señor Arias, por cuya buena memoria consideraba oportuno hacer pública esta declaración.

Sin otra particularidad notable se levantó la sesión a las cuatro.

BANQUETE DE LOS DIPUTADOS.

Anoche se celebró en el bello salón del Conservatorio el banquete a que estaban convocados todos los señores diputados que lo son por vez primera en esta legislatura, sin otra excepción respecto de los antiguos, que la del dignísimo señor Martínez de la Rosa. La mesa de cien cubiertos, en forma de herradura, se extendía por tres de los lados del salón y estaba adornada con profusión de flores, de candelabros y de ramilletes. Presidía el señor Martínez de la Rosa que tenía a su derecha al general D. José María Sanz y a su izquierda al señor Marfori.

La comida fué espléndida y digna del objeto. La cordialidad y la armonía entre los señores diputados, fueron tan sinceras y tan espontáneas, que vimos en ellas un nuncio lisongero de días venturosos para la patria.

Llegado el momento de los brindis, cuyas notas debemos al señor Madrazo, taquígrafo del Congreso, y puestos en pie todos los señores diputados, dijo:

El Sr. Martínez de la Rosa:

«A la Reina nuestra señora doña Isabel II, los diputados de la nación. Que el Trono, señores, acoge vuestros leales votos y los pueblos bendigan vuestras útiles tareas. (Aplauso general).»

El Sr. Marfori:

«Permitidme, señores, que yo, el mas insignificante de los diputados que por primera vez han tomado asiento en el actual Congreso, me atreva a formular el deseo que a todos nos anima, la firme resolución que abrigamos todos de que el partido conservador permanezca unido y compacto; porque así, y solo así, podremos tener la seguridad de asentar sobre indestructibles bases los intereses conservadores que representamos. Lanzados nosotros por primera vez a la arena ardiente de la política, con calma en el corazón y tranquila la conciencia, podemos volver la vista a lo pasado y recordar que las discusiones del partido conservador abrieron la ancho brecha por donde pusieron en peligro al Trono y los mas caros intereses de la sociedad. Nosotros, a quienes no puede dirigirse recriminación alguna, no podemos, ni queremos hacerla tampoco; pero debemos, si, aprender en lo pasado, tomando de él enseñanza para el porvenir. No se crea que formamos, no, reunión independiente y numerosa, un giron del gran partido conservador, no se crea que aspiramos a separarnos de nuestros dignos compañeros; por el contrario, nuestro ardiente anhelo es que desaparezca todo fraccionamiento de partido; que al reunimos aquí los que por vez primera tenemos tan digno cargo, reconocemos que son muy dignos de consideración y respeto los que antes de ahora han merecido la honra de representar a la nación, y han podido por consiguiente prestarla mas servicios. Con modestas aspiraciones, sin la experiencia que se adquiere en la gestión de los negocios públicos, y considerando y respetando a los ilustres varones que forman la cabeza de nuestro partido, aspiramos a ser su corazón, el corazón que abriga el sentimiento instintivo de la conciliación y que presiente el peligro, se arresta a conjurar, y con enérgica arrogancia lo domina. En esta reunión sea nuestro jefe nuestra unidad

de miras, nuestra bandera los intereses del partido conservador, que son los verdaderos intereses del país, porque el país que repugna las invasiones de una política turbulenta y radical, ansia y suspira por los adelantamientos políticos; cuando ellos responden a las necesidades, misión santa que solo es dado tener a los partidos conservadores.

Fuertes nosotros en nuestra misma unión, con la legitimidad de nuestra causa, con el empuje de nuestro corazón, caeremos como un solo hombre allí donde se presente el primer síntoma de división. Continuas avanzadas de los derechos de los pueblos, debemos huir de las recriminaciones y de las luchas estériles que rara vez dejan de encubrir ambiciones personales no bastante justificadas.

Hombres de buena fe, reprobamos esas oposiciones sistemáticas, que empujando la acción tutelar del gobierno, ocupan, empozónandola, el lugar de la discusión pacífica y decorosa, única que conviene a los pueblos. Procuremos, señores, que el partido conservador no se desmantele y que la discusión de nuestro Parlamento, corra siempre tranquila y mejorada por la anchura de las mejoras materiales políticas, que la nación espera. Con ello habremos hecho un beneficio inmenso a los intereses permanentes de la sociedad; habremos merecido bien de España, y cuando volvamos a nuestras casas, dejaremos un insignificante ejemplo que imitar a los que nos sucedan. Brindo, pues, por la Reina doña Isabel II, por el rey su augusto esposo, y por su real familia, por el varón probado, decano ilustre del partido conservador que nos honra con su presidencia; por nuestros dignísimos compañeros y por esta reunión sea la base que consolide y robustezca los intereses sociales que representamos, ¡bien, muy bien!

El señor Lasala:

Hemos brindado al Trono y a la augusta Señora que le ocupa; acabemos de brindar a todas las instituciones que representamos, a la institución cuyos miembros estamos estrechamente obligados a escuchar: a las Cortes.

Institución histórica y tradicional en esta patria, que debiera haber recibido a la vez el nombre de Parlamento y de Senado, a medida que la voluntad pública nos va dotando de nuevos atributos, y que por haberse seguido un proceder contrario, tuvo un tratamiento brusco, disforme, pero glorioso, en la aurora de este siglo. Institución que es un fútilismo escudo para la monarquía y un poderoso instrumento para la Iglesia, de que somos hijos. Institución que, en el Trono, permite sean igualmente atendidos y respetados los derechos eternos, los intereses inmutables y los derechos momentáneos, los intereses movibles. Institución que requiere en el presente siglo la discusión pública, el examen y censura libre de los actos de la administración, de suyo próximos a la oscuridad y al misterio; la sumisión legítima de los gobiernos a las mayorías, no solamente cuando estas son favorables, sino también cuando les son adversas; la unidad completa de la vida del gobierno y de la vida del país; lo que mas requerida, que al participar el noble adjid de las ideas avanzadas de Inglaterra la ruina de la monarquía constitucional de Francia al mas ilustre de los ministros contemporáneos, esclamar sir Roberto Peel: «ése es el efecto de los gobiernos que tienen su vida oficial distinta de la del país. He aquí lo que yo he observado en Inglaterra a pesar de los Tories, y les he salvado». ¡Afortunadamente esto no puede ocurrir en España, porque la Reina doña Isabel II ha representado siempre no solamente sus derechos personales, sus derechos dinásticos, sus derechos monárquicos, sino también los derechos del país.

Brindo a la Reina, a la monarquía constitucional, al régimen parlamentario.

El Sr. Vazquez Parga:

«Brindo por nuestro digno presidente, cuya honradez como hombre político es proverbial, cuya fama como hombre científico es europea, que ha sido siempre el protector y el guía de la juventud, la cual hoy le ofrece el homenaje de su respeto.»

El Sr. Ojeda:

«Brindo por nuestra Reina, brindando por el ilustre duque de Valencia.»

El Sr. marqués de Añón:

«Brindo porque el gobierno representativo llegue a ser una verdad en España, lo cual no podrá conseguirse sin arrancar de raíz el espíritu de sedición que ha solido dominar en nuestros parlamentos.»

El Sr. conde de Patilla:

«Brindo por la independencia de los diputados, que solo deben subordinar sus votos a lo que exija el orden social.»

El Sr. marqués de San Carlos:

«Brindo porque las instituciones en España giren y funcionen dentro del círculo que les está asignado en la economía social. Brindo porque el ejercicio sea entre nosotros, lo que es en las naciones mas prósperas y tranquilas, el brazo, no la cabeza, del poder ejecutivo.»

El Sr. Salazar y Mazarredo:

«Brindo por la monarquía constitucional; institución mas necesaria hoy que nunca en los pueblos de origen latino, y sin la cual España ofrecería al mundo el espectáculo triste que ofrecen las repúblicas americanas.»

El Sr. Rebagliato:

«Brindo porque la conciliación de los hombres que profesamos los principios del partido conservador, llegue a ser un hecho consumado en la presente legislatura. Brindo porque la Providencia, de quien somos instrumento é instrumento de su voluntad, bendiga los esfuerzos del partido conservador.»

El Sr. Escobar:

«Brindo, señores, por la armonía entre los altos poderes del Estado y por el mismo respeto a los derechos de todos caracteres que constituyen la fuerza y la vida de los gobiernos representativos: por S. M. la Reina doña Isabel II que restauró las instituciones tradicionales de nuestro país, y por la representación nacional que las consolidó, moderándolas y haciéndolas compatibles con las necesidades de los pueblos. Brindo, en fin, señores, porque el sentimiento de unión y concordia que aquí nos congrega se refleje en los próximos y en los debates del Congreso de los diputados, y sea el punto de partida de una época nueva. No nueva por los principios, señores, que no venimos a fundar partidos, ni a destruir eminenias que todos respetamos; sino nueva, porque volviendo las espaldas a lo pasado, cerrando la sima de las recriminaciones personales, levantemos pura y sin mancha la bandera de las doctrinas constitucionales templadas. Pura y sin mancha, si; porque nosotros venimos a la vida política activa sin odios ni rencores, sin agravios que vengar, sin faltas de que arrepentirnos y sin otros desgastados ni amarguras que los que produce la dolorosa enseñanza de los errores ajenos.

Pues es singular, señores, en los tiempos que alcanzamos, que a la juventud briosa esté reservado el papel de medianera, y el deber de predicar moderación y calma, en tanto que la hidra de la discordia agita y saca de quicio a los que ya pasaron del oloño de la vida. Por esto no es extraño que injustamente, sin acuerdo previo, sin tratos ni condiciones, sin buscar preeminencias para nadie, y sin otros móviles que los del mas sincero patriotismo; los que aquí estamos y por primera vez nos vemos revestidos del alto carácter de legisladores, estrechemos nuestras filas, no

unamos en un pensamiento común, la salvación del partido conservador, y en un momento de voz unánime todo cuanto tienda a levantar la losa bajo la cual se esconden tantas faltas de que no somos nosotros responsables. (Bien, muy bien.)

El Sr. Iñás y Vidal:
«Brindo por la dignidad en la discusión y por la conciencia en la votación.»

El simpático y erudito literato señor Navarro Villoslada:

«Brindo, señores, por los discursos cortos, por las sesiones largas, por las discusiones modestas, tranquilas y decorosas, y por las resoluciones grandes y fecundas.»

El Sr. Roca de Togores:
«Yo voy un poco más allá que los señores que me han precedido en el deseo de la conciliación del partido moderado. Los diputados que venimos de las provincias venimos con sentimientos que el país está dividiendo en dos bandos. Nosotros somos bastantes y numerosos para influir en la política, hacia el camino de conciliación y bastante jóvenes para llevarla a cabo. La juventud es hoy la esperanza de España. La nación la tiene en nosotros; yo brindo porque correspondamos a ella como podamos.»

El señor conde de San Juan:

«Difícil sería decir quién ha iniciado el pensamiento de esta reunión. La aprobación unánime con que se acogió, prueba que el pensamiento era de todos. Esto demuestra, señores, que esta reunión es algo más que una combinación política; ella es una idea social. Es la primera línea que se coloca el crisol de un bethoso día a las una noche de tormenta, en el primer día de la realización de un deseo, a cuyo lo. El Sr. Iñás y Vidal, la verdadera unión de los españoles amantes de la religión de nuestros mayores, del trono de nuestra Reina, de la libertad, independencia, gloria y grandeza de nuestra patria. No es nuevo este propósito; escrito estuvo por lema en muchas banderas que ondearon al frente de numerosos ejércitos, pero en cuyas filas entró pronto la discordia. La generación que muere rica de saber, patriotismo y experiencia está incapacitada para tan gloriosas empresas, por sus antiguos compromisos, sus rencores y sus preocupaciones.

Por eso es que se levante una generación nueva, poseedora de una estosa apariencia, pero que, agena de odios y preveniciones, pueda mantener esta esperanza siempre como la política de un joven, pura como sus intenciones, sin una mancha de sangre que empañe su blancura, ni un recuerdo que la afe. Agrupados en derredor de la bandera española, y señores los ojos de los banderines. Fieles al trono de la Reina, pensemos que en su esplendor se funda la gloria de la nación. La prudencia que protege a los buenos, recompensará nuestros sacrificios con la prosperidad de la patria.

Señores diputados, ¡viva la Reina constitucional! ¡viva el régimen representativo!

El Sr. García Ochoa:
«Si hoy hace un año cuando el vendaval de la revolución rugió sobre nuestras cabezas y nos calentábamos al calor de los incendios de Valladolid, hubiera habido un hombre que nos hubiera dicho al año próximo tendríamos el alto carácter de diputados, le hubiera tomado como un soñador, como visionario. Sin embargo, hoy estamos reunidos aquí. Esto, mas que obra humana, es una obra de la Providencia. Nosotros, llamados por esta a reformar la nación sobre la base religiosa y moral, debemos dar principio a nuestra obra por introducir la idea católica y moralizar el país. Brindo por estos grandes objetos.»

El Sr. Estrella:
«Señores: no venimos por primera vez al Congreso en una situación normal para el país. Colocados entre una revolución, cuyos principios están resonando todavía, y una restauración que no ha tenido tiempo de desenvolverse, preciso es que la mayoría del Congreso actual adopte las precauciones más esquisitas para no dar votos de deshecho contra las ideas venidas y para no exajerar demasiado los principios dominantes. Yo creo que la organización de esta mayoría podría fundarse en bases que fuesen igualmente compatibles con la independencia de nuestros votos y con la dignidad de nuestro carácter, teniendo siempre por norte el esplendor y poder del trono y el ejercicio regular y ordenado de la libertad constitucional. Brindo pues, por las mayorías de orden y de gobierno.»

El Sr. Reina:
«Brindo por el ejército español, y porque la cámara de diputados le dote de las leyes que aseguren su porvenir, restablezcan la disciplina, y con ella la tranquilidad de que tanto necesita el país. Brindo con el señor marqués de San Carlos, porque el ejército no sea la cabeza, sino el brazo; pero para que esto suceda, es necesario que encabece nuestra cabeza que sea la restauración del orden sin apelación a la fuerza.»

El Sr. Mazo:
«Brindo, señores, por los intereses materiales de los pueblos que nos han dispensado la singular honra de elegiros sus representantes en las Cortes actuales; brindo por la unión y concordia, bien entendida y practicada, de todas las fracciones del partido conservador, al sostenimiento de las libertades públicas y al de las garantías individuales en cuanto son compatibles con la paz de los españoles y las instituciones de nuestra sociedad.»

El señor conde de Patilla:
«Por la conservación de la religión de nuestros padres sin distinción.»

El Sr. Flores:
«Brindo por los diputados, que concediendo al gobierno los recursos necesarios, adopte las prudentes y medidas económicas para nivelar los gastos con los ingresos, no debiendo estos proceder de mayores sacrificios que los que el país pueda soportar.»

Brindo igualmente por el desarrollo de todos los elementos de la riqueza pública, y por último, brindo, señores diputados, porque la discusión que va a tener principio en el Congreso sea tan mesurada, prudente y razonada cual lo exige nuestra decoro y la dignidad del país que representamos, correspondiendo, como es justo y debido, a los deseos manifestados en el discurso de la Corona.»

El Sr. Barona:
«Por nuestra Reina y Señora, por la unión franca y sincera de los hombres de orden, por la santa religión de nuestros mayores, porque sea elevada a la dignidad y esplendor que merece por sus virtuosos y dignos ministros, y por que un atentado a la correspondencia. Brindo por el valiente ejército español, que tantos servicios presta a la sociedad en las célebres jornadas de julio; brindo, en fin, porque el Tudorero sea conocido una correa abundante que alivie los males y la miseria que, ilgen a nuestros pueblos. (Aplausos.)»

El Sr. Candeillero:

«Por nuestra patria, cuyos sentimientos religiosos y monárquicos tanto la engrandecen; por nuestra Reina y por nuestro ejército, cuya bravura pudo ahorrarnos el monstruo de la revolución que vino otra vez a manchar la historia de nuestra patria.»

El Sr. Martínez Martí:

«Por la valiente marina española; porque la bandera nacional ondee en las aguas de Méjico y vengue los ultrajes hechos a España.»

El Sr. Aliás:

«Se ha indicado la importancia de recordar sucesos pasados. Yo voy a recordar uno, pero no de triste recordación, un hecho grande, magnífico, escrito con letras de oro en nuestra historia.

Hace poco más de 13 años que en este mismo salón, reunidos los honores de diferentes naciones en una idea gloriosa, salvaron la nave del Estado, pasaron un día que la revolución, declarando la mayor edad de la Reina doña Isabel II. Yo brindo a la memoria de aquellos hombres ilustres que olvidándose en aquel momento de las rencillas de partido, se acordaron de que eran españoles; ¡viva la Reina! (Una voz general: ¡viva, viva!)

El Sr. Giron:

«Brindo primero, por la Reina, después por la unión del partido moderado, y porque sirva para ella de núcleo y de vínculo la numerosa falange de diputados. Señores, en la política española, somos una generación buena; sigamos, pues, en los altos ejemplos de los que nos han precedido; aprendamos también en las amargas lecciones de la experiencia, y sobre todo, procuremos levantar un monumento con nuestro proceder patriótico, que marque nuestro paso feliz por el mundo de la política, y haga grata nuestra memoria a los que nos han de suceder.»

El Sr. Roca de Togores:
«Los que empezamos la carrera política debemos brindar por la tierra próspera de Asturias que empieza la suya poniendo su nombre al frente de los establecimientos de beneficencia y de las obras de caridad.»

El Sr. Reina:
«Por los soldados españoles que a imitación de aquel caballero que escribió sobre su acero: «Por mi Dios y por mi Reina se sacrificaron siempre por tan sagrados objetos.»

El Sr. Estrella:
«Señores: Brindo porque la conciliación que se proclama respecto de las personas se extienda a los principios, entendiendo esta conciliación de manera que, así como en un sentido se realice la reforma conservadora del Estado, en el sentido opuesto se amparen y protejan los derechos de la prensa política que defiende los intereses permanentes de la nación. (Aplausos.)»

El Sr. Mazo:
«El ameno, simpático y aplaudido poeta y distinguido literato Sr. D. Adelardo López de Ayala, dijo con voz robusta y agradable entonación:

«Señores: los que me han precedido han brindado por la monarquía, por las Cortes, por el orden y por la libertad; yo me adhiero de todo corazón a tan caros objetos, pero permítanme que haciendo un paréntesis en la política, pues yo creo, y sea dicho de paso, que la nave del Estado correja menos tormentas si tuviera menos pilotos, os recuerde el lugar en que nos encontramos. Estamos en un templo consagrado a las bellas artes; no se diga que los diputados de la nación han pasado delante de los bustos de Calderón, de Mañrique, de Tirso, de Lope de Vega y de Alarcón sin hacerles siquiera un saludo de cortesía. Hijo yo de la maza dramática, no puedo mostrarme ingrato con la noble cuna en que nací. Brindo, pues, por la memoria de los ilustres españoles que he mencionado, y brindo porque al discurrir en el Congreso nacional la ley de teatros, todos los señores diputados contribuyan con su voto al lustre y esplendor de la literatura dramática.»

A las once y media de la noche terminó esta fiesta cordial y patriótica, que esperamos será fecunda en bienes para esta nación tan necesitada de unión, de paz y de sosiego.

Restamos decir, que la comida fue perfectamente servida por el dueño de la fonda del Cisne, y que durante ella, dejó oír sus armoniosos acentos la magnífica banda de música del batallón de guardias urbanas.

Segun las *Hojas*, cuanto se ha dicho sobre reuniones de diputados en casa del señor Bravo Murillo, es sumamente abultado. En casa de este hombre político se reúnen diariamente algunos de sus más íntimos amigos; pero ni han sido convocados a estas reuniones mayor número de personas que las que disfrutaban de la intimidad del ex-ministro de Hacienda, ni en ellas se ha puesto en cuestión para tomar resoluciones ulteriores ninguna de las que hoy se agitan en la esfera política.

Se han recibido en esta corte cartas de Roma fecha 14 del actual. Las negociaciones para el arreglo de las cuestiones pendientes entre España y la Santa Sede marchan, al parecer, perfectamente, y pronto se tocarán resultados favorables para el país y faustos para cuantos desean la buena armonía entre la Iglesia y el Estado, basada sobre la verdadera conciliación de sus intereses respectivos. Esto, al decir de un periódico, ha demorado la vuelta del señor don Alejandro Mon a España.

La emperatriz de Rusia continuaba en Roma y en su obsequio se ha verificado la iluminación de la iglesia de San Pedro, se le ha enseñado, iluminada también, la sala de escultura del Vaticano, y los restos del Coliseo alumbrados por los fuegos de Bengala. Goza de muy escasa salud y pensaba marchar a Niza a fines del actual.

La conspiración de Méjico, de que se ha hablado estos días, fué descubierta por una casualidad, segun dicen en carta de Washington de 27 de abril. Entre las personas de categoría que habían sido arrestadas, se encontraba D. Ignacio Aguilar, antiguo redactor de *El Universal* y ministro de Gobernación en tiempo de Santa Ana, y el general Tracons. El gobierno estaba alarmado, pues aun cuando había frustrado este movimiento, no había podido coger los hilos de la conspiración, que había quedado, por lo mismo, completamente organizada, y que se esperaba daría su golpe muy pocos días después. El gobierno, para desacreditarla, hacia correr la especie de que su objeto era la vuelta del general Santa Ana.

La navegación del Ebro hasta el mar está completamente asegurada. El 15 salió de Tortosa en el vapor *Ebro* el inspector del gobierno, Sr. Canon, con el ingeniero Sr. Caiballo, para Mequinenza. El 14 bajaron de aquel punto a Tortosa, y el 14 el mencionado vapor hizo su entrada en el canal de San Carlos, llegando felizmente al mar, flotando en su mástil el pabellón nacional. El buque fué recibido con aclamaciones de la muchedumbre y saludado por los buques del puerto, que izaron también el pabellón español.

El *Diario de la Marina* no cree aventurarse a dar por hecho positivo, que entre el gobierno de S. M. y el Banco de la Habana, están convenidas las bases de una negociación para remitir por conducto de este último establecimiento el sobrante de los caudales de la isla de Cuba que deben ingresar en el tesoro general de la monarquía.

Se espera en Ovidio para el 10 del próximo junio a los Sermos, señores duques de Montpensier para asistir a la procesion del *Corpus*, que con este motivo será todo lo solemne y grandioso posible.

Asegurada la construcción del ferro-carril de Lisboa a Oporto, es ya objeto de serios estudios su continuación hasta el puerto de Vigo, que hay quien cree que se unirá antes a la capital de Portugal que a la de España.

El gobierno portugués tiene los mejores deseos y un gran interés en acelerar la ejecución del camino que una las capitales de los dos estados peninsulares, y no ha contratado el de Santarém a la frontera, por no haberse aun decidido el trazado más preferible a España y Portugal.

Los gobernadores de Cuba y Puerto Rico participan al gobierno con fecha 12 de abril el primer y 30 de marzo el segundo, que el orden público continúa sin alteración en las islas de sus respectivos mandos, y que no se observa novedad en el estado sanitario.

Se ha mandado proceder a segundas elecciones en el distrito de la Universidad de Barcelona, con motivo del fallecimiento del Sr. Martí y Exaltá.

Asegúrase que ha sido trasladado a la silla episcopal de Jaén, el Ilmo. Sr. D. Tomás de Roda, obispo que era de Monreca.

El Sr. Segovia, cónsul de España que ha sido en Santo Domingo, acaba de llegar a la Península.

Ha llegado a esta corte el Sr. príncipe de Galitzin, enviado extraordinario de S. M. el emperador de Rusia, habiéndose hospedado en la casa que se le tenía preparada, calle de Pontejos, núm. 4. El príncipe es de estatura elevada, de complexión fuerte, de color de rostro rojo, y de ojos azules.

La *Península* ha oído asegurar que el gobierno piensa retirar el proyecto de ley de imprenta del Sr. Nocedal. Nuestro colega añade que no lo cree.

El Sr. Claret, arzobispo de Santiago de Cuba, y a quien algunos designan para el cargo de cónsul de la Reina, debe haber llegado ya a esta corte.

Hemos oído que el general duque de San Miguel había presentado su dimisión del cargo de comandante general de alabarderos.

Se ha dicho que el señor general Serrano ha hecho dimisión de la embajada de España en París. Ignoramos el fundamento de esta noticia por mas que no parezca improbable.

La dirección de aduanas ha publicado el estado comparativo de la recaudación obtenida en los cuatro primeros meses de este año e igual periodo del anterior. Hé aquí los guarismos de este estado:

	1857.	1856.
Enero	13.891.912 18	11.322.407 70
Febrero	15.081.677 49	11.391.003 85
Marzo	26.975.542 63	15.216.510 97
Abril	20.891.634 55	19.712.125 92
Total	76.943.766 91	58.242.045 57
Diferencia	18.701.718 34	
Rebaja por material de ferro-carriles	10.562.617 76	
Líquido aumento	8.139.100 58	

En virtud del acuerdo del gobierno de no dar curso a los exhortos que las autoridades españolas dirigen a los de Portugal para el embargo o secuestro de los bienes de súbditos portugueses procesados en España, se ha mandado de real orden a los tribunales y autoridades que se abstengan de expedir tales despachos con el objeto indicado, y que por reciprocidad no se de cumplimiento a los que de aquí a reino se remitan a España que tengan por objeto dicho embargo o secuestro en bienes de súbditos españoles.

BOLSAS ESTRANJERAS.

París 22 de mayo a las 4 y 50 minutos de la tarde.
Bolsa de hoy.—Fondos franceses.—Tres por 100, 68-95.—Cuatro y medio por 100, 91-90.
Idem españoles.—Tres por 100 interior, 38 1/4.
Idem diferido, 25 1/4.
Consolidados, 93 3/4 a 93 7/8.

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

REAL DECRETO.

Habiendo fallecido D. Ramón Martí y Exaltá, electo diputado a Cortes por el distrito de la Universidad, provincia de Barcelona, vengo en mandar que se proceda a nueva elección en dicho distrito, con arreglo a la ley de 18 de marzo de 1845 y su adicional de 16 de febrero de 1849.

Dado en Palacio a 22 de mayo de 1857.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, D. Andrés Nocedal.

CORREO ESTRANJERO.

Los periódicos y correspondencias de Berlín confirman las noticias que llegaron ayer por la vía telegráfica, de que el rey de Prusia renunció a las reclamaciones que había hecho últimamente sobre los bienes eclesiásticos, y la revisión de la Constitución de Neuchâtel, sino que espontáneamente ha abandonado la limitación de un millón que la conferencia de París había estipulado en su favor, y que el Consejo federal había aceptado. Es de creer que no tarde en reunirse la conferencia de París para recibir esta importante comunicación, y para firmar el proyecto de mediación, que ya no necesitará más que la sanción de la Asamblea federal.

También los diarios alemanes están conformes en anunciar que el rey de Dinamarca habría hecho peticiones a las dos grandes potencias alemanas, conminándoles su resolución de abandonar para el mes de agosto los Estados de los dos Ducados de Holstein y de Lanemburgo, para invitarles a deliberar sobre la Constitución general de la monarquía danesa. Sin embargo, aun no se sabe claramente lo que hay de cierto sobre los términos de esta convocatoria, y sobre la extensión de los derechos que se han de reconocer a los Estados de los Ducados.

A pesar de la noticia dada por el ministro francés, sobre que la corte de Persia ha aceptado el tratado de paz hecho por su representante, el Norte insiste en dudar que se ratifique pura y simplemente este tratado.

El *Monitor de la Flota*, publica una proclama del emperador de Annam, inmediato a la China, en que manifiesta su firme propósito de permanecer neutral en la lucha que tienen los ingleses con la China. Se cree que esta ha sido enviada para que el imperio de Annam hubiese hecho causa común con ella contra los ingleses, pero no ha podido conseguirlo. El imperio anamita se declara neutro.

namela que tiene un ejército de 150,000 hombres y una numerosa escuadra, habria servido de mucho a la China. Su población sube a veinte millones de almas. La religión de este país es una secta del budismo que tiene sus prácticas aparte. Cada población reconoce una divinidad local que por lo comun es un cuadrúpedo ó un ave, ademas de los dioses del imperio.

Segun escriben al *Diario de Roma* del 11, la entrada del papa en Poligno ha sido un verdadero triunfo; nubes de flores llovían de los terrados y de los balcones sobre el carruaje de S. S. que fué recibido en la catedral por monseñor el arzobispo de Camerino, por el obispo diocesano y el de Novira.

El recibimiento hecho a Su Santidad en la entrada en Asisio no fué menos notable. Apocose en el convento de Santa Clara, donde fué recibido por el cardenal Penor, por el obispo diocesano, por el Sr. Rizzolati, los diputados de las órdenes religiosas y la magistratura municipal. El Santo Padre salió a las cuatro de la tarde de la población, y a las seis entró en Perugia. S. A. I. y R. el archiduque Carlos, hijo segundo del gran duque de Toscana estaba en el alto del terrado del palacio de los condes Glacarlo y Salignone. Su Santidad recibió despues a S. A., confiriéndole con su propia mano las insignias de la orden Piana.

Despachos de Viena que publica el *Pays* anuncian que es probable se suspendan las elecciones en los principados danubianos, a causa de la grande agitación que reina en ellos. No falta quien crea que el Austria ande buscando pretextos para ocupar de nuevo aquellas provincias.

La *Opinión* de Turin niega toda importancia política a la visita que parece ya a hacer Buoncompagni al Papa a su paso por Bolonia en nombre del gobierno sardo. Dice el diario piemontés que esta visita no es mas que un acto de cortesía y buena vecindad para con el soberano que por mas que haya sometido a unos desastres y causado algunos perjuicios a la causa nacional, al fin es un príncipe italiano y no el emperador de Austria.

La cámara de los comunes de Inglaterra, despues de haber autorizado la presentación del bill propuesto por Lord Palmerston para la modificación del juramento parlamentario, tendrá que ocuparse de otro proyecto mas importante, por el que se pide que sean representadas en el parlamento las colonias inglesas. Segun este proyecto, que ha sido sometido al examen de una comisión, el Canadá y los Estados tributarios de esta provincia enviarán cinco representantes, otros cinco de Nueva-Gales, tres las Indias occidentales, tres el Cabo y cuatro las islas del Mediterráneo pertenecientes a la Inglaterra.

La telegrafía privada trasmite el despacho siguiente: «Londres 18 de mayo.—En la sesión de la cámara de los comunes de hoy, Lord Palmerston ha presentado un mensaje a la reina anunciando el casamiento de la princesa real y pidiendo su dote.

Lord Palmerston, sin comprometer a la cámara para suconduta ulterior, ha propuesto una real exposición a S. M. ofreciendo tomar en consideración inmediatamente la petición de la reina.

Mr. Disraeli apoyó la exposición que fué unánimemente aprobada.

«Londres 10 de mayo.—La cámara de los comunes ha votado sin oposición seria la mayor parte de los capítulos del presupuesto de marina. En la cámara de los llores se ha leído por segunda vez, sin ninguna oposición, un bill para la ejecución de los testamentos.

«Londres 19 de mayo.—El *Times* dice que los ministros no pedirán al parlamento una suma exorbitante para la doteación de la princesa real. Aconseja que se vote el capital con preferencia a los intereses. El *Morning Herald* y el *Morning Chronicle* publican consideraciones en apoyo del principio de economía en administración y de la fortuna pública.

«Marsella, 19 de mayo.—Las noticias de Constantinopla son de 11 de mayo. Noticias de Circasia del 19 de abril, dicen que Mehmed-Bey había llevado su cuartel a Sipschur. S. Fer-Bajá tiene a sus órdenes 40,000 indios, y a consecuencia de la adhesión de otras tribus, podrá reunir Mehmed-Bey 80,000 hombres.

Segun noticias del Mossul del 5 de abril, ha sido sofocada la revolución de los kurdos. Las lanas estaban en alza en Dinamarca el 24 de abril, y el 6 de mayo habían subido considerablemente las sedas en Brus.

Escriben de Atenas el 12 de mayo, que los cereales y las aceitunas son abundantes, y que afortunadamente, se han preservado las uvas en Corinto. Se presume que la cosecha de sedas será una tercera parte mayor que en 1856.

El almirante Willauman ha llegado al Pireo. Ha habido en el senado griego una discusión borrascosa con motivo de haber sido preso un periodista en la casa de un senador.

El senado ha aplazado indefinidamente esta discusión.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE VILUNA.

Extracto de la sesión celebrada el día 23 de mayo de 1857.

Se abrió a la una y cincuenta minutos, y leído el acta de la anterior, fué aprobada.

El señor conde de Ofatá excusó su falta de asistencia a las sesiones por tener que ausentarse de esta corte para asuntos propios.

Previo permiso del señor presidente, entró a jurar y tomó asiento en el Senado el señor don Martín de los Heros, anunciando acto continuo que ingresaba en la quinta sesión.

El señor ministro de la GUERRA (marqués de la Constantia): S. S., en las pocas palabras que ayer pronuncié, se me hace decir en el *Extracto oficial* que si había cometido algún fallo, el tribunal supremo de Guerra y Marina me juzgara. Lo que dije fué que se había juzgado al conde de Legatid, y que de esta legatid y de mi opinión tenía en comento el tribunal supremo de Guerra y Marina.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día: Continúa la discusión pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la corona. Tienen palabra la palabra sobre la discusión principal, los señores Collado, Tejada, Oliver, Guitierrez Serrano y Concha. En pro el señor Olvera, como de la comisión, y Carrasquino. Para las señas los señores Serrano, Conch, Contero, Collado, Ferraz, San Miguel, marqués de Miraflores y marqués de Molins.

El Sr. COLLADO: Considerando lo largo de los debates y el cansancio del Senado, renuncio la palabra.

Por iguales razones la renunciaron los señores Ferraz, Olvera y González.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra para alusiones personales el señor Serrano.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

El Sr. SERRANO: Hubiera deseado poder seguir la noble ejemplo que me acaban de dar varios señores senadores, pero no siéndome posible, seré breve en las consideraciones que tengo que exponer al Senado.

tivamente, no soy viejo en el Senado; por lo demás, ya he pasado la edad en que se necesitan y se piden los consejos. No sé de donde sacó S. S. el segundo discurso que me atribuye, pues dijo que había hecho dos, uno contra el general Narváez y otro contra el general O'Donnell, cuando no hice más que uno, contra los acontecimientos de 1854; acontecimientos que lamento, que deploro, que asombró, porque tengo derecho para hacer las tres cosas.

Pero todo eso no era motivo para que el Sr. Ros de Olano quisiera ponerme en contradicción conmigo mismo, diciendo que había hablado contra el duque de Valencia, cuando empecé protestando, de mi ministerio desinteresado.

La última alusión es relativa a la imprudencia con que se me acusa de haber traído al debate los acontecimientos de que se trata. He dicho y repito, y lo he probado, que esta discusión hubiera venido de todos modos, aunque yo no la trajera. Y ahora bien, señores senadores, ministros de Isabel II, ¿qué he hecho yo respecto de los responsables de esos acontecimientos? Los he sacado de ahí (señalando el orador a los bancos), para llevarlos ahí (señalando a la barra). Los he levantado del asiento de Lerocelo, para transportarlos a la barra. Ahí los tenía: en lugar de acusadores son acusados, y apenas se defendían; a mí discurso nada se ha contestado. Ahí están, ahí los juzgaré en vuestra conciencia, ahí los juzgaré la historia, y yo quedaré satisfecho si, como decía el otro día el general O'Donnell, al dedicarme la historia una de sus más insignificantes páginas, consignara en ella que el general Calonge cumplió con su deber, que es lo único a que aspiro.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (duque de Valencia): Señores, yo esperaba que después de las palabras convenientes, dignas y patrióticas del señor general Serrano, se habría abstenido el señor Calonge de pronunciar el discurso que ha oído el Senado, siquiera porque no volverían otra vez las cuestiones que S. S. mismo provocó. Cosa tanta me extraña, cuanto que S. S. en vez de referirse a una alusión, ha pronunciado un nuevo discurso, contra lo prescrito en el reglamento. S. S. había pedido la palabra para alusiones personales cuando yo contesté a su primer discurso, y después renuncié a ella; después hubo otras alusiones, y la volvió a pedir, y nada dijo de lo que ahora refiere; y cuando la pidió la última vez debió haberse echado estrictamente a contestar a las alusiones que se hicieron posteriormente, sin ocuparse de las anteriores, puesto que no había tenido nada que contestar entonces. Yo apelo al buen juicio de los señores senadores, para que digan si tengo o no razón.

Y sin embargo, su señoría se ha ocupado de todas las alusiones que se le han hecho en todos los discursos pronunciados desde que comenzó el debate; y como si su propósito hubiera sido el resumir esta discusión, ha concluido su señoría diciendo que los generales a quienes su señoría acusó han sido levantados de sus asientos, y han pasado a la barra, donde esperan la acusación. Esto no es cierto. Los señores a quienes su señoría alude están en sus asientos, considerados de todos los demás señores senadores, alternando con ellos; y así que se acabe esta discusión, se darán las manos a otros, y todos estarán contentos y satisfechos, y dejando las cosas pasadas mirarán solo al porvenir, donde todos tienen ancho campo para que, desentendiéndose de fatales discusiones, ejecute cada uno su patriotismo todos los servicios que puede prestar a la patria y al Estado. Mucho tiempo hay en el porvenir, y para eso venimos estamos todos los señores senadores, y esto será más patriótico y más útil al Reino, que el encontrarse en la barra los días y siendo los otros los acusadores.

Ha dicho S. S. que yo no le había defendido. ¿Cómo ha sido atacado S. S. ? ¿Lo ha sido alguna vez? Nunca. S. S. ha sido aludido, porque es indispensable nombrar a un orador para contestar a su discurso; si hubiese sido atacado, le habría defendido en cumplimiento de un deber que me he impuesto, y por mi propia voluntad. Pero aquí se le ha tomado la palabra cuando se nombra un senador, que este pida la palabra para una alusión personal. Nadie ha atacado a su señoría, y por eso no le he defendido: cuando contesté al señor general Lara fui bien espíto; entonces defendí a todos los que están en el caso del señor general Calonge. No mencioné a S. S. especialmente, porque no lo consideraba necesario. Creo, señores, que en esto no hay nada más que decir.

Dice S. S. que en mi primer discurso aseguré que habíamos conspirado juntos. No dije tal cosa; y apelo a la memoria de los señores senadores, apelo al Diario de las sesiones, apelo a los periódicos; y si alguno lo ha estampado, no lo he hecho con exactitud. No he dicho que habíamos conspirado juntos; dije únicamente que S. S. y yo habíamos tomado parte en cuestiones de fuerza, en movimientos políticos, y que si entonces se hallaba en Francia emigrado, sería porque habría tomado parte antes en algún movimiento militar anterior.

Concluí diciendo que cuando hablé de la tea incendiaria, hablé de aquello que enciende las pasiones. Indudablemente, al ver el curso de esta discusión, no puede nadie dudar que yo la voy, pues el resultado es que S. S. tomó la iniciativa, y a eso se refirió lo que dije de tea incendiaria. Esa calificación es exacta, porque incendiario es lo que enciende.

Yo apelo a los señores senadores para que me digan si las pasiones no han estado encendidas. Si los demás señores que han hablado han aludido a esta frase, lo habrán hecho con buenas intenciones, y yo he movido para que S. S. se defendiera, como no le hay para que se agriete, porque el señor Ros de Olano le llamase mariscal de campo. Ese es un modo de nombrar, natural, sencillo y sin intención a la persona que tiene ese empleo, como pudiera decirse: el señor presidente del tribunal supremo de justicia, u otro empleo de los que se tienen fuera de este sitio, en vez de decir el señor senador. Si de ese modo se toma pretexto para darse por ofendido, entonces todo se puede traer al terreno de la pasión.

El señor marqués de MIRAFLORES: Ocuparé por breves momentos al Senado, para rectificar dos cosas que he reputado graves. El señor Ros de Olano dijo que en la sesión de uno de los días pasados había yo dicho que los que entraban en sublevaciones no podían volver a ser monárquicos, y que era menester que se pusiesen el gorro frigio. Nada de eso dije yo; apelo al Diario de las sesiones, que tendré que leer al Senado después de hacer varias observaciones importantes. Todo el contenido de mi discurso tuvo por objeto apelar al principio que el señor presidente del Consejo de ministros, de lo que convenía que era el espíritu de la política retrospectiva, y añadió que era una gran calamidad que se verificara la absorción de las cuestiones de persona sobre la de las cosas, y la de los intereses de partido sobre la de los del país.

El que esto decía, mal podía incurrir en contradicción dirigiéndose al conde de Lucena ni a ninguna otra persona. Yo hablé de su señoría en el terreno de los principios, y de ninguna manera en el histórico. Digo en el de los principios; porque hablé de los grandes servicios que el conde de Lucena había prestado, especialmente cuando había restablecido el principio de autoridad y había devuelto a la corona el ejercicio de sus prerogativas; pero que no podía su señoría justificar lo del campo de Guardas, y que era imposible lo que conseguía, pues a ello se oponían el bastón que tan dignamente llevaba y la ordenanza del ejército. En el terreno de los principios es forzoso reconocer que esto es exacto.

El Sr. Ros de Olano invocó la doctrina de Mr. Guizot en una cuestión, y yo la acepto, como todas las doctrinas de este publicista, y no las de señor Ros de Olano; pero no creo que nadie pueda encontrar un publicista, así de los ultra-liberales, más terribles de los que tienen el gorro frigio, que sostenga en principio el derecho de insubordinación militar; lo que yo dije, pues, que entre mis derechos no podría encontrar nunca el derecho de sublevación. Para concluir leeré el Diario (su señoría leyó).

Restame contestar a una alusión muy grave que me hizo el general Ros de Olano, en las siguientes palabras: Señores nosotros somos estos el que quiera venir con nosotros, que venga, y el que no que no venga. Cuando su señoría se expresó así, me ocurrió oírle en el momento un orador romano: Yo no soy de César ni de Pompeyo: soy de Roma.

El Sr. ROS DE OLANO: El señor Calonge ha concluido su prerrogativa de hoy como empezó, conti-

nuó y concluyó su prerrogativa anterior. Ha supuesto que sobre nosotros había caído un veredicto, y que estábamos en la barra. Esto prueba, señores, lo apasionado que ve las cuestiones políticas el señor Calonge: no extraño que de este modo equivoque. Si señoría conceptos y las intenciones de nosotros su señoría ha manifestado que no nombro a nadie: es cierto. Pero mas de cien veces ha asegurado ser justificable el hecho, y lo pintó con tan negros colores, que necesitamos salir a nuestra defensa.

S. S. ha dicho que yo, acaso por menosprecio le había llamado mariscal de campo. Creo que sea el señor Calonge el primer general español que puede menospreciarse con la faja, el entorchado, el mando, la consideración militar y social de un mariscal de campo. El señor Calonge me ha hecho una ofensa al creer que yo pudiera ofender en el mariscal de campo a su persona. ¿Por qué había yo de ofender a S. S. de esa manera? ¿No era un enemigo, si bien injusto en mi juicio, bastante leal para atacarme frente a frente? ¿No podía yo a mi vez presentarle la batalla sin rebozo? Entonces hubiera sido una de dos cosas: o ofensa para S. S. o para mí; y ni una ni otra caben en un caballero. Pues entonces, ¿a qué el cargo? Lo que yo quería era probar al señor Calonge cuán perjudicial es exagerar los principios, aun los mas santos, porque haciéndolo se llega al absurdo: por lo que S. S. exagera el principio de un hecho militar, dice con estas mismas palabras, que un mariscal de campo había marchado dos capitanes generales.

Después dijo S. S. que tenía cincuenta acciones de guerra, aunque no había pronunciado discursos. No sé lo que ha querido decir con esto S. S. Yo no he contado las mías; no cuento nunca los hechos que pasaron, lo que sí es lo que cumple mi deber, y por el cálculo de aproximación no son mas las mías que las de su señoría, y que en ellas, donde he sido mandado o mandado, he ocupado mi puesto; y que el general Calonge y yo habíamos marchado paralelamente en el campo del honor.

Que lo llamamos tea incendiaria: permítame su señoría decirle que yo lo llamé tea incendiaria; lo que dije fue que había traído una tea incendiaria.

No creo haber hecho ofensa alguna al señor Calonge al llamarle senador naval; porque, en efecto, apasado habrá asistido a cuarenta sesiones del Senado, habiendo sido nombrado por S. M. senador en el concepto de haber sido tres veces diputado; viniendo a este cuerpo en la educación que imprime aquella Cámara popular, donde los debates son siempre mas ardientes.

Creo haber hecho las rectificaciones a que con tanto calor me ha llamado S. S.

El señor CALONGE: El señor presidente del Consejo de ministros ha dicho que si he estado emigrado en Francia sería a consecuencia de haber tomado parte en algún movimiento. En efecto, estuve emigrado en Francia a consecuencia de los acontecimientos del 41, en que tomé parte, pero sin conspirar ni sublevarme. Yo era comandante de un batallón, y el coronel y teniente coronel de mi regimiento, lo mismo que el comandante general de la provincia, me mandaron tomar las armas para defender una cosa que estaba en mis convicciones; para restituir la legalidad que había en 1840, y que fue violentamente destruida por una sublevación militar.

El señor OLIVAN: Señores, después de los días que la comisión ha tenido que permanecer en silencio, le toca por fin el turno de defender su dictamen. Al hacerlo en su nombre el que tiene la honra de dirigir la palabra al Senado, procurará mantenerse en el terreno de los principios, fijando con lealtad las ideas, y procurando no lastimar a nadie.

El eje sobre que ha versado el debate ha sido la política de conciliación; y al ocuparse de ella la comisión, se hará cargo de las diferentes expresiones manifestadas aquí con este motivo, que, ó han atacado el dictamen, ó no pueden pasar desapercibidas.

El señor Ros de Olano nos manifestó cuál era su modo de pensar en política; y según lo que dijo, S. S. no solo quiere conservar lo existente, sino también adoptar todo aquello que sea bueno y aplicable. En esta nada nuevo nos ha dicho S. S., porque el partido moderado, más o menos conservador, es el conservador de todo lo bueno, y naturalmente reformador de lo malo. Un partido se levanta sobre la ruina de otro. En el caso del señor Ros de Olano decía que el señor conde de Lucena no había abandonado su partido, no nos dijo ninguna novedad; porque, además, los hombres de cierta altura no rompen con facilidad con la historia del pasado, ni pueden tampoco formarse a su placer la del porvenir. Además, el partido progresista no necesita ser máximas, prácticas de gobierno y fuerza de autoridad: así es que hubiera yo visto con sentimiento que había un progresista más a costa de un hombre importante menos.

A pesar de lo que ya le manifestó el señor Vahamonde, el señor San Miguel sigue impugnando el adverbio calificativo violentamente que usa la comisión. Debo pues a S. S. una nueva explicación sobre eso. Las cosas se hacen ó por la ley, ó por la fuerza, ó por la fuerza de voluntad. El Senado funcionaba, estaba en posición de hacer leyes: la ley no le hurtó; lo fue la violencia. De modo que si no se usase esa expresión, podría decirse que el Senado se había abstenido voluntariamente; y del Senado, señores, podrá exigirse la abnegación, pero no la degradación.

El señor San Miguel ha dicho una cosa de que no puedo menos de ocuparme. Su señoría ha hecho en pleno parlamento el elogio de las revoluciones. (El señor San Miguel pidió la palabra). Yo me alegraría estar equivocado; pero creo haberle oído decir que para su señoría era glorioso haber levantado la bandera de la revolución. Comprendo que en casos dados así se le parezca a su señoría; pero eso, y menos en este sitio, me parece que no sienta bien el darlo como tesis general, como doctrina.

Para el señor San Miguel no tienen la misma importancia las diversas violaciones del Senado; así es, que refiriéndose a la de los 105, dijo que el gobierno debió haber bajado su frente ante ella, y que aquella votación presentaba al Senado como infelice de la revolución. Su señoría no es exacto, y al mismo tiempo es poco justo, puesto que exige del gobierno lo mismo que su señoría se niega a hacer, porque a su señoría no le parece tan bien, sin embargo, de lo solemne de la otra votación de este cuerpo, el humillar su frente ante ella. Ya su señoría ha recibido una contestación, por boca, me parece, del señor general Lara, el cual dijo que el gobierno había estado en su derecho adoptando la resolución de dejar su puesto a consecuencia de aquella votación.

Pero no todo lo que se puede hacer legalmente, se puede hacerlo; no todo lo que se puede hacer dentro de los límites de la ley, es conveniente al país. Un hombre de estado ha dicho en el parlamento, que la causa de que en Inglaterra la máquina política no tenga grandes trastornos ni tropiezos, ha consistido en que en los momentos en que han ocurrido conflictos, que no ha dejado de haberlos en aquel país, los grandes poderes del estado, los brazos del poder supremo, no han llegado nunca al extremo de usar de sus facultades, pues siempre se ha interpuesto la prudencia a la fuerza; y eso ha bastado a evitar los conflictos.

El señor conde de Lucena entiende el espíritu de conciliación de una manera, no del singular, sino diferente de como yo la entiendo. S. S. ha echado de menos en la contestación al discurso de la corona una expresión favorable al ministerio que presidió, el cual también había adoptado la conciliación. La comisión ha tenido por objeto escatimar el mérito de aquel ministerio; mas en la contestación al discurso no lo hacía calificar los actos del mismo. La comisión ha estado muy distante de rebajar el mérito que dicho ministerio contrajo. ¿Cómo he podido desconocer el servicio importantísimo presta ó por el conde de Lucena a la causa del orden, habiendo mantenido, como mantuvo, durante dos años, la disciplina del ejército, en medio de aquellos acontecimientos? ¿Cómo no habi de reconocer la fortuna inmensa, inaudita, que tuvo para en pocas horas ahogar en España el virus revolucionario sin desdoro del trono?

El ministerio del conde de Lucena se componía de hombres distinguidos, respetables; pero aquel ministerio, compuesto de personas de carácter conciliador, carecía de la principal condición que necesitaba, pues no podía ser sino gobierno transitorio; y la política transitoria, sabido es que no es la mejor. Cuando el señor Ros de Olano se fisonjeaba de estar unido con los señores Luzuriaga, Collado y otras personas, se hacía

un poco de ilusión, dicho sea esto sin ofensa. Las opiniones no se funden. Hay un lazo temporal en momentos dados, que puede muy bien formarse de opiniones diferentes; pero ese lazo se rompe en el momento que cede la presión. Los progresistas tienen ciertas costumbres antiguas, ciertos hábitos que han heredado y no se renuncian a ellos fácilmente. Las doctrinas se modifican solamente cuando viene un convencimiento íntimo, hijo de la experiencia, de los trastornos, y obliga al hombre a sentarse noblemente en las filas opuestas. No habré de la diadema, porque ya el señor ministro de Estado ha contestado a eso.

El señor conde de Lucena nos presentó un programa de gobierno, y el señor Ros le lea de un partido. El señor conde de Lucena, por falta de práctica de gobierno, ignora una cosa: nada mas fácil que gobernar si bastasen los términos medios; la dificultad está en acortar con ese término medio.

Se ha hablado de destituciones de empleados en masa, y yo, como hombre práctico, que me he ocupado mucho en administración, debo decir algo acerca de esto.

Hay una regla a que atenderse respecto a destituciones. Cuando los movimientos vienen en sentido revolucionario, el poder va inmediatamente a la revolución, y solo es mas tarde cuando se organiza un gobierno; pero cuando el movimiento viene de partidos que no son de la revolución el gobierno puede organizarse mas pronto. Ahora bien: todo empleado de probidad y de aptitud reconocida puede ser un tesoro para la administración, y debe ser conservado mientras que no se manifieste en política en términos que le hagan incompatible con la administración.

Los gobiernos moderados conservarán los empleados progresistas que se hallen en este caso; pero estas son reglas para los partidos, no para las revoluciones. Sería imprudencia obligar a un gobierno a conservar empleados ineptos que han tomado los destinos por asalto, entrando por el boquete de la revolución. El día en que se vea que son ineptos procede su destitución, pues no pueden tenerse promiscuamente los buenos funcionarios con los malos.

Voy ahora a hablar de la descentralización, en la cual parecía fijarse el señor conde de Lucena con singular placer. S. S. nos presentó como muestra de su política conciliadora una centralización media. Esa teoría no ofreciera inconveniente si hubiera una línea divisoria; pero quién puede marcar esa línea? En España hay el error de creer que los gobiernos moderados quieren acaparar todos los negocios en Madrid, por querer trabajar mas, ó por tener mas mando. Esto es un error. En administración, como en política, las apreciaciones del partido progresista son del momento. El partido moderado gradúa detenidamente la cantidad y participación que pueden tomar los pueblos en la gestión de los negocios públicos; su sistema es enteramente distinto del que sigue el partido progresista.

En administración la regla es tan sencilla como en política: los pueblos tienen derechos legítimos, y todas aquellas facultades que pueden ser de uso racional, provechoso y útil a la generalidad: este es principio con que estoy conforme; pero, ¿su aplicación puede hacerse sin inconvenientes? Esta es la cuestión. ¿Pues qué? ¿No vió el Senado que en 1854 suprimieron los pueblos mas de 3,000 escuelas? ¿No sabe que si pudieran disponer de los propios, no tendrían ni una fanega de tierra, y si de los montes ni un solo árbol? Tal sería la consecuencia de la descentralización: que los pueblos se hallarían a disposición del primer ambicioso. Si el señor conde de Lucena hubiera podido plantear su sistema, habría visto el error en que se hallaba.

Decía también su señoría que era necesario inaugurar una política nueva. Yo también lo desearía; pero esa política no la han de establecer su señoría ni el partido progresista: lo que debemos hacer es trabajar mucho para dotar al país de buenas leyes, e introducir en el verdaderas costumbres constitucionales. La política de conciliación no es una política de gobierno; puede ser un medio, pero nunca fin ó resultado. Un gobierno ha de tener siempre condiciones especiales, unidad de meta y de acción; si le faltan esas condiciones, no hay gobierno posible.

El señor conde de Lucena decía ayer que había sido ayudado en su ministerio ó en su política por varios progresistas, los cuales se habían hecho de su partido. Eso no prueba sino que contaba con algunas individualidades, pero no con el partido.

Dijo a su vez el Sr. Luzuriaga: que los partidos en España se descomponen: es verdad en cuanto al partido progresista, pero no en cuanto al moderado. Con esta pueden resultar muchos bienes al país; pero así como el partido progresista puede convertirse algunas veces en reaccionario, el partido moderado puede convertirse en progresista, pues si no hiciera más que conservar, se convertiría en reaccionario.

El partido progresista, hoy me parece que se compone solo de estado mayor, pero sin soldados, pues los que antes eran sus amigos son ahora enemigos, como lo son nuestros, siendo como son, enemigos comunes, tanto de ambos partidos como de la sociedad.

En cuanto a lo que se nos dice de otro partido que se supone va ganando terreno, creo que en España no hay nada que pueda destruir la dinastía de nuestra Reina apoyada en el régimen constitucional. Las ideas no se coaligan, no se amalgaman: los partidos pueden modificarse; pero entonces necesitan una nueva organización, como se ve que sucede en Francia y en Inglaterra. El partido moderado y el partido progresista han seguido en España una marcha enteramente distinta: mientras el uno no ha podido hacer nada, el otro ha tenido que crearlo todo; y de aquí que si el partido progresista ha de llegar a ser gobierno, necesite modificarse de un modo extraordinario.

Voy ahora a contestar a lo que decía el general San Miguel. Manifestaba S. S. que el partido progresista no ha podido hacer nada en favor de los pueblos, por el poco tiempo que ha estado en el poder; y yo digo, señor general, que el partido progresista no ha hecho nada, porque es inepto, porque su autoridad no existe, porque profesa la máxima consistente en dejar hacer; y por eso necesita organizarse de ser gobierno, lo cual podrá suceder dentro de diez ó doce años. Nuestros partidos son muy distantes de llegar a la perfección; pero estamos en camino de mejorar.

La administración está bien montada; en Hacienda se están haciendo importantes mejoras, y la administración de justicia ha recobrado todo su vigor. Planes y arreglos todas estas cosas, acaso llegue un día en que el partido progresista pueda dirigir la gobernación del Estado.

Voy a decir dos palabras sobre las coaliciones. Estas no se verifican jamás relativamente a las ideas: podrán coaligarse los hombres, pero las ideas jamás; y de aquí que cuando esos hombres han llegado alguna vez al poder, no hayan fundado nunca un gobierno estable. Si aliarán los hombres mas eminentes de dos ó mas partidos, pero jamás formarán lo que se llama un gobierno. En algunos casos puede ser eso un término medio, puede ser una cosa teórica que temple el ardor de las pasiones; pero otra cosa no puede ser.

En las cámaras puede haber una porción de individuos que tomen sobre sí ese papel, muy laudable ciertamente, pero que no crea gobiernos: esta es en mi opinión profunda.

¿Deberé yo ahora tratar otro punto que es delicado? Sí; porque creo que conviene que lo habíamos todo. El Senado conocerá que hablo de la enmienda del Sr. Calonge, en la cual hizo S. S. una escusión retrospectiva que no ha encontrado un solo voto que la apoye. La lección que de aquí debemos sacar se reduce a poner las cosas en su punto, dando a cada cual su derecho.

Yo creo que lo que debe hacerse, lo que conviene, es correr un velo tupido. Esa es la política que reclama el gobierno; correr el velo del olvido sobre los sucesos pasados.

Entretanto, señores, séis leído a un individuo apelar a la fuerza contra un gobierno constituido? No; y mucho menos teniendo como tenemos otros medios, consecuencia del carácter del sistema que nosrige. Si los gobiernos se olvidan de sus deberes, la opinión pública tiene recursos para oponerse, el Parlamento funciona.

Ahora bien: existiendo esos medios, séis leído a nadie erigirse en juez, según su carácter, según su genio, para decidir si se está en el caso de apelar al recurso de la fuerza? Eso no está ni en los principios

de la justicia estricta, ni en los de la justicia política.

Pues bien; si esto es así, pregunto yo al señor general Ros de Olano, ¿por qué ha dicho que en 1851 ocurrieron sucesos que habían obligado a S. S. y a sus compañeros a hacer un movimiento, que al principio se pudo considerar como una evolución, y degeneró en revolución? Si el ánimo generoso de un ciudadano es ilustrar a su país en un sentido cualquiera, ¿no conoce que si su país merece la libertad, él se la tomará por sí mismo, y que si no le merece son inútiles cuantos sacrificios se hagan por darle una cosa para la que no está preparado?

Pero, señores, los hechos niegan la razón política; lo primero que ocurriría si el país se opusiera a esos movimientos, sería el no prevalecer los principios en ellos proclamados; pero cuando triunfan es porque el país los ha ayudado, porque el país consiente en ellos.

La reacción ¿puede castigar? ¿debe castigar? Señores, los tiranos castigan porque su vida es una serie de luchas; los gobiernos no castigan jamás, porque desde el momento que las revoluciones triunfan, se establece un nuevo orden de cosas, una nueva sociedad, una nueva generación; y cuando esto acontece, es imposible considerar que esa época ha existido. Hay una nueva época, una nueva nacionalidad: no existen los mismos hombres.

Siento que el conde de Lucena no haya oído lo que he hablado; pero mi objeto es poner las cosas en claro; que no se juzgue con rigor.

El señor conde de Lucena decía: «En ocasiones graves se aplican remedios heroicos; pero además, señores, debe tenerse presente otra cosa. ¿Quién puede decir que en los movimientos políticos, que son trastornos de los gobiernos, no ha sentido, que su corazón latía? Cuando se apela a las armas, ¿quién no simpatiza con los que se levantan? Y luego queremos erigirnos en jueces severos é implacables!»

He hablado sin pretensiones, como acostumbro a hacerlo; y concluyo entregando mis reflexiones a la apreciación del Senado, el cual puede hacer mucho para la reorganización de los partidos por las buenas prácticas constitucionales, por la discusión mesurada y cortés. Todo lo que sea favorecer la discusión temporal y circunscribir la cuestión política, tendrá mi voluntad y circunscribiré por mi boca al Senado que se sirva aprobar el proyecto de contestación al discurso de la corona.

El señor SAN MIGUEL: Conozco demasiado la impaciencia de la Cámara, y seré muy parco. El señor Olivan decía que yo había hecho aquí el elogio de las revoluciones, y que había añadido que es glorioso ponerse a su cabeza. Esto merece explicación, señores. Si yo hubiese pronunciado esta frase, sin motivarla ni incidente de la discusión, hubiera sido importante. Pero se ha dicho por personas importantes que las revoluciones son a veces inevitables, y que la revolución de 1854 se ha hallado en ese caso. Ahora bien, cuando un remedio violento como lo es una revolución es indispensable, cuando una cost es indispensable, ¿es justa? Pues sí lo es; ¿no será glorioso ponerse a la cabeza de las revoluciones, arrojando las persecuciones, y hasta el cadalso?

Si, contestó el señor Olivan, gloria, gloria para muchos hombres se pone a la cabeza de las revoluciones. Gloria fue para Washington, para Guillermo Tell, para Guillermo de Orange, y también para aquellos españoles que en 1808 lucharon con los hombres que habían venido a la Europa. El juez de eso es la conciencia pública, el progreso natural, el cual hace que cuando las naciones se ven tiranizadas, se levanten para librarse de la tiranía.

Das violaciones solemnes hubo en el Senado: una cuando se cerraba la puerta a un senador, otra la solemne votación de los 105.

El señor PRESIDENTE: Está V. S. fuera de la alusión.

El señor duque de SAN MIGUEL: Señor presidente, aquí se ha permitido a todos emitir ampliamente su opinión sobre todas las cuestiones; pero no molestaré mucho a su señoría.

Yo no dije, como el señor Olivan ha supuesto, si era bueno ó malo que el partido progresista estuviese representado en los cuerpos colegisladores. Tanto su señoría como los señores Pidal y Vahamonde han indicado que éramos unos hombres a quienes se lanzaba de aquí porque somos malos.

Señores, los progresistas tienen su historia, como los moderados: si aquellos han sido débiles por no abusar de las leyes, estos han traído la revolución por su abuso.

El señor ministro de ESTADO (marqués de Pidal): No me levanto a rectificar lo dicho por el señor San Miguel, sino solo a protestar, como protesto, las peligrosas doctrinas que el Senado ha oído en boca de su señoría.

El señor TEJADA: Agrego a todo lo que pasó en 1853 y 54, viéndolo en el retro de que principiaran tan funestas discusiones, sin haber tomado parte alguna en ninguno de los actos preparatorios, de complicidad, de auxilio eficaz, de ejecución del grave delito de conspiración política y de rebelión militar de 1854, mi palabra no se empleará ni en la discusión de aquellos actos, ni en la calificación de las personas que mas ó menos tomaron parte en ellos, por dos razones: primera, porque son hechos que ya produjeron por desgracia todas sus funestas consecuencias; segunda, porque ya que sobre esta desventurada nación cayeron todas aquellas, evitemos a lo menos el nuevo y cruel martirio de renovar tan cancerosas heridas y el escándalo de esta discusión, parecida a la que delante del enfermo orisco, postrado y convulso, tendrían los iracundos y falsos doctores sobre la bondad de la aplicación y experimentos de su ciencia empírica.

Me atencion se dirige al porvenir, a encontrar algún lenitivo a los males públicos, restableciendo algunos principios que puedan dar dirección acertada y conveniente.

Me objeto, señores, mas que explicar mis opiniones propias, que son tan conocidas como sinceras, es saber cuál es sobre dichos puntos la intención decidida la idea definitiva del gobierno y de la comisión.

Pensaba al fundar mi enmienda decir, y ahora en uso de mi derecho, no puedo menos de enunciar, que el Concordato, tratado público entre dos poderes independientes, concorda entre dos potestades soberanas, ley del estado, pacto el mas solemne que puede celebrarse entre los hombres, no se ha cumplido en puntos esenciales; no se ha restablecido en otros, después de los rudos ataques que sufrió en el terrible biento. No está en observancia, a pesar de que es la ley de las conciencias y la ley de la vida civil de un gran pueblo. Por eso creo que no puede decirse lo que se anuncia en el discurso de la comisión; ni tampoco lo que se asegura en el dictamen de la comisión; porque, así en uno como en otro documento, se indica que el Concordato celebrado con Su Santidad está en pleno ejercicio y en toda su fuerza y vigor.

Cierto es que el gobierno de S. M. ha dictado medidas eficaces, muy legítimas, para que el Concordato se cumpla en algunos puntos importantes. Ciertamente el gobierno ha emprendido con justicia y con honor el camino que indican los sentimientos de la nación española, las tradiciones de nuestros padres y las obligaciones impuestas por el pacto bilateral. Pero también creo que el gobierno se ha detenido en esas de alta conveniencia pública; que en verdad no se sabe cuáles son hoy sus intenciones definitivas en los negocios de relación con la Iglesia; y, lo que es mas extraño y mas sensible todavía, que hay una desarmonía irregular entre los actos oficiales del gobierno. En prueba de esta verdad deplorable, léase el decreto de 13 de octubre de 1856, por el que se declaró que todas las disposiciones de cualquier clase que sean, que de algún modo deroguen, alteren ó varíen lo convenido en el Concordato, queden desde aquel día sin ningún efecto.

No podía desearse mas terminante, justa y reparadora determinación. Mas sin embargo, al siguiente día 14, se publicó otro real decreto inserto en la misma Gaceta, se mandó que la ley de desamortización, por las dificultades de su planteamiento, quedase suspendida en su ejecución desde aquel día, y que el gobierno propendiera a las Cortes la resolución definitiva de dicha ley; de modo que en el primer decreto está la justicia, el honor del pacto bilateral, el homenaje a los sentimientos católicos, al respeto a los derechos de la Iglesia y al consorcio para todos los españoles dignos de sus padres. Y en el segundo están los cálculos de la conveniencia, las ideas contemporizadoras, los mi-

ramientos a intereses ilegítimos, y la falta de competencia para decidir sobre los bienes eclesiásticos, vendidos sin la autorización competente de la otra alta parte contratante. Porque en verdad, la ley de desamortización comprendía no solo la civil, sino también la eclesiástica.

Por estas causas necesito explicaciones satisfactorias del gobierno y de la comisión sobre los asuntos que se agitan en la Iglesia, y sobre si se propone desde luego publicar las muchas y muy importantes resoluciones que todavía faltan, no solo para que el concordato tenga cumplido efecto, sino para que a lo menos se restablezca al estado que tenía en los terribles días de 1854, en que estalló la revolución de julio.

Juzgo inútil esperar aquí los muchos objetos que esperan todavía reparación legítima en materias de alta importancia del concordato. Y lo que mas interesa a mi objeto, es recibir las explicaciones que espero, sobre las intenciones de los señores ministros. Son de tan alta trascendencia estas manifestaciones oficiales, porque se trata de la concordia y unión del estado y de la Iglesia; es decir, del primer fundamento de la paz del reino, de la base sin la cual ningún poder civil en España puede hacer el bien, ni dominar, ni conocer días tranquilos.

Estas explicaciones categorías son absolutamente necesarias, en un tiempo en que ya por desgracia co-nocemos en España un partido político que aspira a la libertad de co-llos, rompiendo la unidad católica, vida suprema de este pueblo: un partido político que en tristes días ha negado a la Iglesia dentro de su competencia canónica la santa libertad, la augusta independencia que su divino fundador le dio para todos los tiempos, para todos los pueblos, para todos los siglos, y delante de todos los gobiernos.

Un partido, señores, que ha intentado someter en puntos de jurisdicción y de santo ministerio la Iglesia católica al poder civil, tan instable, tan vacilante, tan combatido en estos tiempos, creando así contra la doctrina católica, signo de la libertad de todo el género humano, una especie de autoridad autoritaria, verdaderamente pagana, de retroceso funesto, desconocida en toda nuestra historia, y contraria a la civilización verdaderamente progresiva y eminentemente humanitaria de los pueblos católicos, que se distinguen de todos los demás por la separación completa del poder temporal y del poder de la Iglesia, garantía secular de la libertad religiosa, de la libertad civil y política en los tiempos modernos.

Nos hallamos en verdad en una situación de tal naturaleza, que son dudosos los caracteres de la ley, que falta un criterio público para reconocerla, y que hay una especie de anarquía en la elevada región de las leyes.

En tal estado, el honor, el derecho y las prerogativas constitucionales del Senado exigen una categoría manifestación del gobierno.

La Constitución de 1845, formada por todos los poderes públicos, no fué derogada en 1854. Los ministros que abrieron las Cortes en 1854 la juraron. Aquella Asamblea tampoco la derogó. El Senado, como cuerpo colegislador, ha subsistido sin interrupción, de hecho y de derecho, según nuestra ley constitucional. Los senadores conservadores fueron constantemente reconocidos por todos los ministros de los dos años, por las mismas Cortes constituyentes, las cuales respetaron el poder conservador que a los mismos se había confiado por el Senado.

Este cuerpo colegislador no dejó de existir tampoco, a pesar del acta adicional de 1856, único hecho político que a mi juicio pudiera alegarse contra la existencia del Senado; pero este hecho no tuvo ni pudo tener jamás semejante valor; fué un acto notoriamente incompetente, abusivo en su forma, propio solamente de una dictadura político-militar, que desapareció atónadamente de entre nosotros, dejando un vestigio de nulidad, propio de un poder que aspiró a convertirse por sí mismo. Resultando de todos estos hechos que no habiendo concurrido el Senado en los dos años referidos con sus facultades constitucionales a la formación de las leyes por haberse impedido violentamente el ejercicio de aquellas, las leyes publicadas sin este esencial requisito adolecen, según nuestro derecho constitucional no derogado, de un vicio insanable, mientras no intervenga, para darles valor, la autoridad legislativa del Senado.

Ningún poder quiero que sea ilimitado ni absoluto: ni el poder real, ni tampoco el de las Cortes del reino. No reconocemos sobre la tierra poder alguno absoluto. Los poderes despoñados están siempre muy cerca de los volubles onari, y de estos nacen necesariamente la anarquía, quebrantados todos los vínculos sociales.

Deso al mismo tiempo la limitación, la independencia en los poderes públicos, para evitar también lo que nos sucede en el día, que es una especie de absorción por el nuevo poder, invasión como todos los que nacen después de prolongadas represiones.

Deso además que el poder del monarca sea libre, desembarazado, independiente en la esfera del gobierno, sin que los ministros nazcan ni mueran por imperiosas inspiraciones de otro poder dirigido por intereses, por pasiones, por intrigas y coaliciones que no representan ningún interés permanente ni legítimo.

Deso que la acción de la corona tenga otro límite, no solo escrito en la Constitución, sino eficaz en los hechos para exigir la responsabilidad a los ministros. Reservándonos nosotros sostener siempre en concordancia con la Iglesia el gobierno de nuestra legítima Reina doña Isabel II, con arreglo a las leyes fundamentales de nuestra antigua monarquía, interviene eficazmente este gobierno en todos sus actos legislativos por las Cortes del reino en dos estamentos, sin cuya libre votación, ni debe existir ley alguna en España, ni debe cobrarse ninguna contribución, ni gravarse el Estado con cargas no otorgadas por las Cortes.

Esto es lo que, aludiendo el señor general O'Donnell a nuestras opiniones, ha calificado de un simulacro de gobierno constitucional. El simulacro es en verdad el que tenemos hace mucho tiempo: la libertad escrita en las leyes; mas en los hechos, la arbitrariedad, y en algunas ocasiones hasta la tiranía. El simulacro es hacer leyes con presunción y en períodos cortos y rápidos, levantar y humillar y hacer caer en algunos años centenares de ministros. Aspiramos a la estabilidad en el gobierno, a la justicia en sus

didos a observarlo, la Santa Sede, ha mandado un delegado a fin de que se puedan llevar a efecto todas las disposiciones que comprende.

Respecto del segundo punto, el Sr. Tejada desea saber qué piensa el gobierno acerca de las leyes votadas por las Cortes constituyentes. A eso no pudo menos de contestar que el gobierno en esta parte no hará lo que se hizo en 1824 por el Sr. D. Fernando VII, que fue borrar una época como si no hubiera existido; sino que obrará como obró el mismo monarca en 1814, en que adoptó las leyes que favorecieron a la corona, reformando las demás. ¿Quería el señor Tejada que se hubiera suprimido la ley de presupuestos? Esto sería un absurdo; teníamos también la ley de ferro-carreles, necesidad constante de la época; y además, señores, eso se hubiera tomado como pretexto para decir que caminábamos a la reacción.

Pero dice el Sr. Tejada: ¿por qué principios os habéis guiado? Por ninguno; por el de una idea dura y sencilla: nosotros no habíamos estado en aquella situación y cualquiera que se hubiera hallado en nuestro lugar hubiera hecho lo mismo, porque los sucesos pueden más que los hombres. Ni nuestra administración ni la del general O'Donnell pudo hacer otra cosa, porque los gobiernos no se constituyen en veinte y cuatro horas; y aunque pudieran, durante esas veinte y cuatro horas tenía que reinar la dictadura. Para decir el Sr. Tejada que esas leyes existían, porque la Constitución de 1845 no estaba legalmente derogada, y porque el Senado subsistía de derecho. Si, señores, pero sobre el derecho había un hecho.

El Sr. Tejada ha descendido por último, en su tercera observación, a la reforma presentada por el gobierno respecto a la Constitución de 1845. S. S. cree que se ha lanzado a este campo para anunciar las opiniones que profesa, y que es menester convenir que le honran mucho. Pero es conveniente tratar aquí esto? Esa reforma ha venido ya al Senado; nombrada está la comisión que sobre ella ha de dar su dictamen, y en su día podrá el Sr. Tejada decir lo que tenga por conveniente. Nos ha preguntado S. S. si el gobierno está decidido a apoyarla.

Señores, una vez presentada, no solo estamos decididos a apoyarla, sino que tenemos la obligación de defender esta reforma, que con el tiempo ensanchará, según lo reclaman las necesidades morales y materiales del país. En España no puede preguntarse al gobierno lo que hará mañana, porque sus actos tienen que ir en consonancia con la opinión que el país se tenga, y conforme a esta opinión ampliarla o modificarla. ¿Sabe el señor Tejada qué género de necesidades morales, políticas y materiales, serán las del país en lo sucesivo? Eso lo sabe únicamente la Providencia. Solo diré una cosa a S. S., y es que cuando ha manifestado de palabra en este punto, puede hacer lo de otra manera; y aun yo rogaria a S. S. que usase la forma escueta.

Si fuera posible realizar las teorías que S. S. ha señalado, ¿creo el señor Tejada que no las recogerían todas las naciones? ¿Que gobierno habría que no diese a su pueblo una constitución con arreglo a sus principios, y por la cual los hombres serían imposibles y los gobiernos perfectos? Creo que si S. S. hubiera descubierto eso, habría hecho algo más que descubrir la cuadratura del círculo.

Aquí debería yo concluir, sin tuviera que contestar algunos cargos que se me han hecho por persona de quien menos lo esperaba, por el señor Luzuriaga.

Decía el señor Luzuriaga que no podía dejar de condenar todo lo que ha pasado. S. S. se lamentaba de las distinciones que se habían hecho en el departamento de que soy jefe, y S. S. se admiraba de que un hombre que no sería capaz de quitar a otro un real, viera imposible sumidas en la miseria a multitud de familias. Yo hubiera deseado que el señor Luzuriaga mostrara esas ideas, que son las mías, en el gabinete de que formó parte, porque los empleos de la magistratura superior no son de este ni aquel ministerio, sino del Consejo de ministros. (El señor Luzuriaga pide la palabra.) Voy a presentar al Senado el cuadro de la conducta del señor Luzuriaga, y el de la mía, porque algunos señores se han figurado que el gobierno debe estar mudo para rechazar los ataques que se le hacen, y en el momento en que se dirige a alguno, se dice que se advierte una política singular, cual es la de censurar las administraciones anteriores.

Sin embargo, cuando los individuos de esas administraciones, sin tener en cuenta lo que hicieron, acometen, ¿cómo puede el gobierno dejar de defenderse? El año 24, por el gabinete a que perteneció el Sr. Luzuriaga fueron separados siete magistrados del Tribunal supremo. En el año 53, durante el tiempo que llevo desempeñando esta cartera, he dejado cesante a uno solo y jubilado a otro. En el año 54, fueron lanzados de la audiencia de Madrid el regente y nueve magistrados. En el año 55, solo se han declarado cesantes seis. Regentes de audiencia separados en 1854, seis; en 1855, dos. Presidentes de sala en aquella época, trece; hoy, ocho. Magistrados en tiempo del Sr. Luzuriaga, treinta y nueve; en el mío treinta y dos.

Pero, señores, no es esto la diferencia. En aquella época se separó ese cúmulo de magistrados para dar lugar a hombres improvisados, a hombres del pueblo, hubo persona que del foro, de promotor fiscal, vistió la toga de la magistratura. Diga el Sr. Luzuriaga si sabe que haya yo nombrado a uno solo nuevo, le autorizo para que lo declare. Yo no he hecho más que reponer a los que fueron injustamente lanzados de sus destinos. Un solo ascenso he dado, en la clase inferior, y ha sido al fénice fiscal más antiguo, a una persona que lleva el apellido de Campanones. Mucho más cómodo hubiera sido para mí observar la conducta del Sr. Luzuriaga, colocándole a mis amigos, a mis parientes, a los hombres de mi partido. Pero yo me encontré en un estrecho círculo, no dando cabida a ninguna persona de fuera de la magistratura.

Yo tenía un hermano juez con categoría de asenso, y en la misma posición sigue, y seguirá mientras yo esté en este puesto.

Dijo el señor Luzuriaga que los documentos que salían del ministerio de Gracia y Justicia eran pastorales; y no sé si se expresó así para justificar lo del consejo que lo dio su padre relativamente a que hablara poco de religión y obrara mucho, ó para corroborar su proposición de que hoy no era posible la teocracia sin la monarquía. Esos documentos a que se refiere S. S. son el decreto por el que se levanta la interdicción a la bula *Ineffabilis Deus*, dada por Su Santidad al declarar dogma de fe la inmaculada Concepción, y el en que se previene por S. M. la observancia del Concilio. Mucho me ha asombrado oír calificar a S. S. de pastorales esos documentos; mucho, digo, me he asombrado de oírlo a S. S.; que, con placer mío y honra de las togas, ha llevado el gran collar de la justicia.

Prescindiendo del objeto de esos documentos, recuérdese el estado en que nos encontramos al entrar en el ministerio, y los sucesos que a esto precedieron; recuérdese que existió una asamblea en que se discutió la unidad del catolicismo español, en que se maltrató a prelados dignísimos, llamándolos hasta verdugos, y en que se les quitaron sus atribuciones. ¿Podía un gobierno que sucedía a semejante situación, y debía llevar a cabo negociaciones con la Santa Sede para dejar de emplear ese lenguaje, y de restituir a los prelados sus legítimas atribuciones? Diga lo que guste el Sr. Luzuriaga; califique enhorabuena de pastorales esos documentos; a mí me importa poco disgustar a ciertas clases, y mucho me importa con conciencia y con Dios.

Hemos llegado al término de este debate, y para concluir creo conveniente decir algunas breves palabras. ¿Qué es lo que el Senado ha aludido de la discusión que tantos días nos ha mortificado? Que de una parte y otra se concebían las pasiones, y se provocaban tormentas, cuando de ambas se disparaban dardos. Esta es la mejor prueba de la bondad de la política del gobierno. Unos querían que ciertas personas se presentasen en esa barra, y el gobierno podía haber optado por esa política; pero había otros hechos importantes a que atender; hechos en virtud de los cuales, como dijo el señor presidente del Consejo, estamos sentados aquí, y esos hechos se hallaban en frente como argumento para contestar a los que querían esa acusación.

De otra parte venía una exigencia igualmente errónea y apasionada. ¿Qué querían esos señores? Que despusen sus hechos. El gobierno y la la comisión han dicho que querían examinarlos; que los quita a la conciencia de cada cual, condenados al olvido. Pero se exigía más de nosotros: se quería que

los santificáramos, que los glorificáramos. ¿Podía hacer esto el Senado? No, señores; lo digo con buena fe y sin ofender a nadie: eso no era posible. Pues bien: esa exigencia la tuvieron en otra asamblea, y ella les dijo: glorificad, pero glorificad también la revolución de julio. ¿Alí se hizo distinción entre esta y el movimiento de junio? Allí fueron glorificados ambos acontecimientos; allí se mandó levantar un monumento a las llamadas víctimas del Caril, y después vino una ley de recompensas a los deportados. Tendrían que sancionarse todos los crímenes, si el Sr. D. O'Donnell esas disposiciones de aquella asamblea; y si él ni el gobierno están en las circunstancias que ella.

El gobierno tiene que decir a los unos, que no es conveniente, que no es generoso pagar beneficios con ingratitud; y a los otros, a quienes se han recibido, que no pidan más que lo de derecho. El liberal estáis de juzgar vuestros actos, dice a cada uno de los que los han ejecutado; pero si queréis la glorificación no os la dare, y menos exigirla a los hombres de un partido que, para restablecer sus principios consuetudinales, no puede abonar ciertos hechos, por lo cual semejante exigencia equivale a decirnos: abjura en un solo día las opiniones que habéis profesado durante tantos años.

No había, pues, otra política que seguir; al anunciarla, el gobierno no pretende ni lauro ni aplauso. Su conducta ha sido leal, y el tiempo lo acreditará cuando llegue el momento de la votación. Esa política de olvido, de concordia entre todos los españoles, de agrupamiento de estoladores del trono, para afirmar la religión de nuestros padres, sostener los principios morales y salvar la sociedad; esa política, señores, senadores, la llevará el gobierno a cabo con perseverancia.

Concluyo dando gracias al Senado por la benevolencia que se ha servido otorgarme, y rogándole también me dispense, si en algún momento de efervescencia he vertido alguna frase menos suave, pues solo la he querido pronunciar en la necesidad de defenderme.

El Sr. LUZURIAGA: No abusaré segunda vez de la benevolencia del Senado; rectificaré estrictamente los hechos.

Tuve a mi cargo el ministerio de Estado, y durante el tiempo en que lo desempeñé no separé a ninguno de los magistrados de las tres audiencias que dependen de aquel ministerio. Todos eran moderados; todos quedaron en sus puestos. Yo entré en el ministerio en noviembre de 1854 y salí en julio de 1855, y en este tiempo no se destituyó un solo magistrado.

Ya que se me provoca a ello, debo decir que no ha quedado un solo magistrado progresista. Y entiendo, señores, que yo reprobé, como dije aquí el otro día, las distinciones que se hicieron entonces, lo mismo que las que se han hecho después.

Las que se han hecho de Gracia y Justicia me ha hecho una alusión, y he debido contestarle. Por lo demás, no era haber interdicción a su señoría alguno al calificar de pastoral el documento a que hice referencia, como no creo que le injuriaría en llamar sermon a la parte del discurso que me ha dirigido.

El señor ministro de Gracia y Justicia rectificó. Renunciado por el señor Carramolino la palabra que tenía concedida, se declaró el punto suficientemente discutido, anunciando el señor presidente que se procedía a la votación; pero antes de darse principio a esta, pidió la palabra para explicar su voto el señor Calderón Collantes, y dijo:

El Sr. CALDERÓN COLLANTES (D. Saturnino): Al dar mi voto a este proyecto, es mi deber declarar que, aprobando el dictamen que se discute, de ninguna manera ligo mi opinión en las cuestiones que el gobierno de S. M. ha tenido por conveniente someter a la deliberación de las Cortes, ni anticipo en modo alguno mi opinión sobre el proyecto de reforma ni sobre el de la imprenta: sino que quedo libre y desembarazado para discutir esas cuestiones, y votarlas según mis principios. Entendíase, pues, de esa manera mi voto.

Acto continuo se pidió que la votación fuese nominal; y acordado así, resultó aprobado el proyecto, por 85 votos contra 16, en la forma siguiente:

Señores que dijeron sí.

Duque de Valencia.—Marqués de la Constancia.—Lersundi.—Duque de Ahumada.—Riquelme.—La Rocha.—Conde de Altamira.—Corbiza.—Campuzano.—Conde de Montefuerte.—Marqués de Someruelos.—Díaz de Rivera.—Gobantes.—Marqués de Vallegorri.—Vahamonde.—Nando.—Oliver.—Conde de Mirasol.—Santillán.—Conde de la Ramera.—Ponceña.—Conde de Balzola.—Conde de Grá.—Domenech.—Marín.—Fernández de Córdoba.—Velluti.—Avala Galiano.—Duque de San Carlos.—Marqués de Monreal.—Marqués de Valcárcos.—Marqués de Girona.—Estébanz Calderón.—Rey.—Duque de Rivas.—Arzobispo de Burgos.—Marqués de Acapulco.—Carramolino.—Calderón de la Baza.—Isturiz.—Conde de San Julian.—Marqués de Tres Palacios.—La Torre (D. Bernardo).—Zarco del Valle.—Rivero.—Conde de Balmaseda.—Duque de San Lorenzo.—Soria.—Calderón Collantes.—Señor de Rovines.—Marqués de Benafán.—Conde de Zaldívar.—Marqués de Santa Cruz.—Sevilla.—Duque de Vergara.—Marqués de Miraflores.—Cerrajería.—Duque de Abrantes.—Conde de Torre Novas.—Ezpeleta (D. Fermín).—Marqués de Campo Alegre.—Marqués de Río Florido.—Conde de Bazas.—Castillo.—Marqués de Malpica.—Marqués de Novales.—Conde de Torre Martín.—Arrazola.—Duque de Sevilla.—Conde de Guendacín.—Ezpeleta (D. Javier).—Moro.—Marqués de Armentariz.—Conde de Clonard.—Bayona.—Marqués de Montesa.—Valterra.—Marqués de Almonacid.—Gómez Andino.—Conde de Campo Alegre.—Conde de Adorno.—Conde de Villafra de Cañan.—Marqués de Castellanos.—Marqués de Gramonte.—La Torre (D. Marcelino).—Conde de Villanueva de la Baza.—Isa Fernández.—Tijada.—Marqués de Camarasa.—Duque de Medinaceli.—Zúñiga.—Sanz.—Huet.—Ruiz de la Vega.—Sr. presidente.—Total, 95.

Señores que dijeron no.

Conde de Lucena.—Serrano.—Ros de Olano.—Conde de Torrejon.—Luzuriaga.—Collado.—Duque de Medina de las Torres.—Cantero.—Duque de San Miguel.—Ferrer.—Infante.—Heros.—González (D. Antonio).—Oliver.—Conde de Peracamps.—Perraz.—Total, 16.

El Sr. Sr. Presidente: Se nombrará la comisión que ha de poner el mensaje en manos de S. M. No habiendo asuntos pendientes en estado de discusión, se avisará a domicilio a los señores senadores para la primera sesión. Se levanta la de esta día.

Eran las siete menos cuarto.

CONGRESO.

VICE PRESIDENCIA DEL SEÑOR MAQUIEIRA.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 23 de mayo de 1857.

Abierta a las dos menos cuarto, se leyó y aprobó el acta de la anterior.

Se leyeron y se anunció que se imprimirían y repartirían varios dictámenes de la comisión de peticiones.

Pasaron a la comisión vario: documentos relativos a las actas electorales.

Juró y tomó asiento el señor Gándara.

ORDEN DEL DIA.

Sin discusión quedó aprobado el dictamen de la comisión de actas proponiendo acerca de las de Archidona (Málaga) que se conceda a los electores que protestan el plazo de un mes para probar sus asertos, y se dé cuenta al gobierno de su protesta.

Igualmente se aprobó el acta de Osuna, quedando admitido el señor Sánchez Silva.

Se leyeron el dictamen de la mayoría de la comisión, proponiendo la aprobación de las actas de Fonsagrada, y el voto particular de los señores Flores Calderón, Belda y Arias, pidiendo su desaprobación.

El Sr. REINA: A consecuencia de la desgraciada ocurrencia del tesoro de este cuerpo colegislador, señor Arias, he sido encargado de examinar la situación de la caja. No solo no he encontrado desfase, sino que he encontrado un saldo considerable en favor del señor Arias, y además fondos de particulares que los

habían depositado en sus manos y que van a ser devueltos. Debo hacer esta aclaración en obsequio a la buena memoria del señor Arias, y que ha muerto: como había vivido, siendo un empleado pío y honrado.

Puesto a discusión el dictamen de la minoría de la comisión que acababa de leer, dijo:

El Sr. VÁZQUEZ CURIEL: Si fuera suficiente para la anulación de una elección, que el candidato estuviera con sus amigos formulando una protesta, estoy seguro que la mayor parte de los señores diputados no se sentarían en esos bancos. Es fácil hacer una protesta, pero es difícil probarla, y las protestas aquí presentadas no tienen mas apoyo que el testimonio de los protestantes.

En Millarros se reunieron los partidarios del señor Sánchez Ocaña, desde antes de anecer, a la puerta del colegio electoral para ocupar la entrada e impedir que sus amigos penetrasen en él hasta que estuviera constituida la mesa interior. Pero no sucedió como lo había pensado; sus amigos entraron en la casa por una puerta escusada y se presentaron en el local al tiempo que iba a constituirse la mesa. En vista de esto y de que el número de mis electores era mucho mayor, los partidarios del señor Sánchez Ocaña perdieron la brújula, y con pretexto de examinar las papeletas quisieron apoderarse de las listas ó resúmenes de votos para rasgarlos, y lo habrían verificado a no ser por la actitud imponente de mis amigos.

Perdieron, pues, la mesa; y conociendo que iban a ser derrotados en la elección de diputados, creyeron salir del compromiso forjando esa protesta en que tan escandalosamente se falta a la verdad de los hechos, y abstiniéndose de votar.

Los sostenedores de la candidatura contraria no pudieron, sin embargo, obligar sino a 26 electores a que firmasen la protesta, y a pesar de esto encontraron un «escrito bastante docto que hizo saber las firmas a 33. Para la cuestión de validez de mi acta esto es indiferente; pero debo notar aquí esa prueba de falsedad de la certificación. Y estos son, señores, los que quieren que se les crea b o s u palabra, los que pretenden que con 24 electores mal dirigidos han podido dar 40 votos a un secretario escrutador, 25 a otro, y 12 al tercero.

Se alega también contra el acta la no publicación de las listas de votantes en los días 27 y 28. Esto no se prueba; por el contrario yo presento una justificación de seis testigos, todos los cuales declaran haberlas visto fijadas y uno habiéndolas fijado él mismo.

Se dice que no se acompañaron estas listas al acta que se remitió a la cabeza del distrito. Yo pregunto: ¿qué artículo de la ley se impone la obligación de remitirlas? Dicen los autores del voto, que la mesa de Millarros quiso disculparse diciendo que las había remitido, cuando no lo había hecho. Esto consiste en la falta de una palabra en el que copió el informe, cuya falta se echó de ver leyendo sin prevención ese mismo informe.

También se dice que no se señaló oportunamente el local de la elección. Esto está desmentido en la justificación que acabo de presentar. Pero aunque así no fuera bastaba que constase por dicho de los protestantes que accedieron antes de nombrarse la mesa interior; tanto, que querían apoderarse exclusivamente del local. Ciento siete electores están adscritos a esa sección; han concurrido a votar 88; quedan 19; y si se descuentan los muertos, enfermos y ausentes, es seguro que no han dejado de concurrir seis electores.

Voy ahora a entrar en otro orden de consideraciones.

Cuando empezó a circular mi candidatura en el distrito, el único que se opuso fué un don Nicasio Segundos, diputado provincial, que a los pocos días se retiró dejándome el campo libre. Cuando por esta circunstancia mi candidatura estaba asegurada, se presentó a disputarme la elección don Manuel Sánchez Ocaña, que ni es del distrito, ni de la provincia, ni gallego, ni nunca tal vez ha pisado aquel país.

Cuenta, señores, que yo no he basado este duelo: yo no he basado al señor Sánchez Ocaña para lanzarlo en su distrito natural; el señor Sánchez Ocaña es el que ha hecho esto conmigo, con un individuo del partido a que diez pertenecen. No siendo gallego S. S. ¿ha hecho por ventura al país alguno de esos favores que los pueblos agradecidos pagan con la honra a que aspiraba? No, señores. ¿Es acaso alguno de esos repúblicos célebres, de esas eminencias políticas o científicas que obligan a los demás a cederles el paso y arrastran a los electores de un distrito? Si no es, es necesario decirlo: en medio de ser persona muy digna, no pasa de ser un soldado de fila como yo. Se preguntará: ¿cómo ha tenido fuerza para disputar la elección? Es muy fácil imaginarlo, y daré explicaciones si es necesario.

Concluyo diciendo que aunque se computen al señor Sánchez Ocaña los 35 votos de que habla la protesta, todavía tendré yo una mayoría indisputable. No pido al Congreso que desheche ni apruebe el voto particular: no me menudillo votos de casa en casa, ni por estos pasillos, ni quiero mandarlos aquí ahora.

El Sr. ARIAS: El señor Vázquez Curiel dice que la minoría no ha presentado pruebas de la falsedad contenida en la mesa de Millarros. Yo voy a presentar los hechos como han pasado. Hecho el escrutinio para la mesa, se presentaron 35 electores con una protesta escrita, diciendo: «ese no es el resultado del escrutinio; vosotros lo habéis falsificado». ¿Es posible creer que cuando no se ha cometido esta falsedad, se atrevan a presentarse 35 personas, esto es, la mitad de los electores, a decir a los de más en sus barbas: «la mesa ha faltado a la verdad? Y, señores, es singular; esa mesa, que después en su informe sabe explicar los hechos con una habilidad que, por ser demasiada, prueba lo contrario de lo que se propone, no creyó necesario decir cuántos votos habían tenido cada uno de los secretarios.

Es posible que el Congreso eche de ver que la minoría de la comisión discute con algún calor mayor del acostumbrado, pero el Congreso recordará las graves palabras que ha pronunciado el señor Vázquez Curiel.

Dice el señor Vázquez Curiel que la mesa de Millarros no tenía obligación de mandar a la cabeza del distrito las listas de votantes. Esta mesa, que asegura en su informe que no ha habido falsificación, a la raíz del acontecimiento no se expresó así, no quiso insertar la protesta, y la estracha desfigurándola y faltando a la verdad.

El 26 se presentan dos electores a la junta general reclamando por no haber publicado las listas de votantes, sospechaban que esta omisión tenía por objeto aumentar el número, y dijeron: por si esto sucede, sepase que los que han votado en Millarros el 26, y el 27 son 32, y así lo hicieron presente a la junta de escrutinio para que lo recordara. Y en efecto, la mesa de Millarros aumentó falsamente el número de votantes, pues el señor Vázquez Curiel tenía 52. ¿No está aquí probada la falsedad?

Pero vamos al argumento principal.

El señor Ocaña en Fonsagrada ha tenido 23 votos: ahora bien, todos convienen en que el número mejor que hubiera podido tener en Millarros habría sido el de los 35 que protestan. Habría tenido, pues, en todo el distrito 51. Pues bien, el señor Vázquez Curiel tuvo 9 votos en Fonsagrada y 32 en Millarros, total 41. El señor Sánchez Ocaña, por consiguiente, tuvo mayoría sobre el señor Vázquez Curiel; y si yo no creyese que aquí no deben admitirse los diputados por votos conjeturados, sino por votos salidos de la urna, proponería que esta acta se declarase válida y se proclamara diputado al señor Sánchez Ocaña.

Se suspendió la discusión.

Juró y tomó asiento el señor Sánchez Silva.

Continuando la discusión, dijo:

El Sr. POSADA HERRERA: Si fuera posible que tuviera parecidos por alguno, la ley de enfau del señor Sánchez Ocaña a pues de haber oído algunas palabras del señor Vázquez Curiel.

Sin embargo, yo estoy convencido, y lo probaré, que no hay el menor indicio de que en la mesa de Millarros haya habido falsedad.

Dice el Sr. Arias: 35 electores firman la protesta tan luego como se constituye la mesa. ¿Dónde consta que estos 35 la hayan hecho? A la mesa se presentó una protesta de 26 electores y una copia de otra de 38; pero puede darse crédito a esta certificación dada por un escribano que por la manera que copia la protesta original, trocando los lugares de las firmas, queda convencido de falsedad?

Dice la protesta que la mesa no se ha formado con legalidad; pero no se citan hechos. Dice el Sr. Arias:

la mesa no insertó la protesta. ¿Pero tiene obligación de insertarla? No, señores; tiene obligación tan solo de mencionarla, y la mencionó.

El Sr. Arias ha hecho mención de una protesta hecha el día 26 a la junta de escrutinio. ¿Y quiénes eran estos electores que hacían la protesta? Los dos secretarios del Sr. Sánchez Ocaña en la mesa de Fonsagrada, que no habían estado en Millarros, y no podían saber la certeza de los hechos.

La ley electoral ha querido que las votaciones para diputados a Cortes se hagan en secreto. Fundado en este principio, el Congreso muchas veces se ha atenido estrictamente al testimonio de la mesa electoral. Yo siento haber sostenido muchas veces esta teoría; pero hay otra de consecuencias igualmente peligrosas, y es la de admitir toda clase de reclamaciones contra el testimonio de la mesa.

Lo que debe hacerse es no admitir la prueba testifical sino cuando hay algún hecho perfectamente demostrado que venga a ser corroborado por esa prueba. ¿Hay algún hecho de esta clase en la elección de que se trata? La mesa de Millarros ha explicado sencillamente los sucesos; y no he podido hallar el mas pequeño indicio que me indique que ha faltado a la verdad. Hay 26 electores que lo aseguran, ¿pero cómo? ¿Tienen seguridad de que los que han dicho que votaron a tal o cual candidato lo votaron efectivamente? No: no pueden tenerla. Pues bien, ¿qué tribunal puede admitirse esa protesta de hombres que no han visto sino sus respectivas papeletas, contra hombres que las han visto todas, como son los individuos de la mesa?

Así, pues, el Congreso debe desechar el dictamen de la minoría de la comisión.

El Sr. ARIAS: Yo había preguntado: ¿es posible que en un distrito de 79 electores se presenten la mitad a acusar de falsarios a los individuos de la mesa, sin que estos tengan razón. El Sr. Posada ha dicho: es verdad que había 38 electores que protestaban; pero cada uno de ellos no puede decir como ha votado el otro. Pues bien, estos 38, mas siete testigos de escrutinio, que son 45, dicen que vieron que al hacerse el escrutinio resultó una cosa, y des. des. cuando ese escrutinio, resultó otra diversa.

Yo no he visto lo que obligó a los escribanos a copiar literalmente. Pero ¿dónde deduce S. S. que esa protesta enviada por la mesa, que no quiso insertarla es la misma que se le entregó en aquel día?

Los dos que protestaron no eran, como dice el señor Posada, los secretarios de Fonsagrada: son los que debieron ser secretarios de la mesa de Millarros si esta no hubiera falsificado la elección.

El Sr. POSADA HERRERA: de los 55 electores que aparecen en favor del Sr. Vázquez Curiel, ni uno solo ha venido protestando contra la elección. Consta esto.

El Sr. LATOYA: Pido al señor presidente original firmada por 25 electores, y comparecido con igual número de la testimonial para probar que no hay tal testimonio, que esa certificación es copia literal.

Varios señores diputados: A votar, a votar.

El Sr. ARIAS: La minoría de la comisión confiesa que ese no es testimonio literal.

Se preguntó en seguida si se tomaba en consideración el voto de la minoría, y habiendo pedido el número suficiente de señores diputados que la votación fuera nominal, se verificó así, resultando tomado en consideración por 131 votos contra 28, en la forma siguiente:

Señores que dijeron sí.

Barzanallana.—Belda.—Arias.—Flores Calderón.—Marqués de Encomienda.—Ovies.—Trinidad.—García Hidalgo.—Trillo.—Figueroa.—Jovar.—Illas.—Cardenal.—Quintana.—Cárdenas.—Carriquiri.—Bravo Morillo.—Fuentes.—Uribe.—Aldean.—Membrado.—Madrazo.—Martín y Peris.—Fiol.—Ferrer.—Barón de Córcoles.—Tovar Pérez.—Roca de Togores.—Estrella.—Rodríguez.—Miglar.—Maroto.—Hornachuelos.—Andreu.—López.—Serrano.—Llorente.—Mendoza.—Chacon.—Chico de Guzman.—Balmaseda.—Sánchez Ocaña.—Alonso (D. Millán).—Marqués de los Salados.—Moyano Sánchez.—Revilla.—Conde de Patilla.—Maquieira.—Canga Argüelles.—Orobio.—Irazo.—Sánchez Silva.—Santa Cruz.—Carriás.—Canga y Gálvez.—Arechaga.—Alvarez Quiñones.—Hervida.—Bisquie.—Olleta.—Ribó.—Masin y Viech.—Vicens.—Escudero.—Falcas.—Barber.—Vilches.—Herveros.—Cuadrillero.—Villalobos.—Osma.—Jaramillo.—Marquez.—Rivas.—Las Vias.—Casado.—Varona.—San Carlos.—Tejedor.—Rebagliato.—Borrego.—Borras.—Echevarría y Fuentes.—Mélida.—Merced.—Pastagosa.—Aguiló.—Colombi.—Salazar.—Alcalá.—Dalmazo.—Zafre.—Cabrero.—Rull.—Calderón.—Arellano.—Esponera.—Conquista.—Draz.—Hurtado.—Giron.—Rias.—Corbera.—Romero.—Bravo.—B. Soto.—Anríles.—Alfés.—Fonollar.—Javalillo.—Goya.—Clavé.—Miranda.—Bertran de Lis.—Sifis.—Marín Barneuve.—Cumbres Altas.—Mamano la.—Parra.—Muñoz Andrade.—Benavides (D. Trinidad).—Benavides (D. Antonio).—González Bravo.—Alonso.—Baillo.—Bernal.—Loring.—Díaz Martín.—Inganzo.—González Serrano.—Sancho.—Sr. presidente.—Total, 131.

Señores que dijeron no.

Bonifati.—Suárez Inclán.—Posada Herrera.—Paz y Membrado.—Luján.—Navarro.—Villoslada.—Flores.—Elduayen.—Piñán.—García Mueca.—Iglesias Barcos.—Vázquez Parga.—Conde de San Juan.—Quiros.—García Ochoa.—Martínez Miró.—Coronado.—Anríles García.—López Ballesteros (D. R. fel).—Escaris.—Uribe.—Ferreira.—San Vicens.—Delgado.—Montesoro.—Somoza.—Enriquez Valdés.—Argüelles.—Total, 28.

No habiendo quien pidiera la palabra en contra se puso a votación este dictamen, y fué aprobado de la manera ordinaria.

El Sr. Sr. Presidente: Mañana no habrá sesión: el lunes se nombrarán los tres señores diputados que, en unión de otros tantos señores senadores, han de inspeccionar la caja de la deuda pública, y se discutirán los asuntos que han quedado sobre la mesa.

Se levanta la sesión.

Eran las cuatro.

CRONICA DE PROVINCIAS.

—A primera hora de la tarde del 17 tuvo noticia el alcalde-corregidor de Barcelona de que en el barrio de Hostafreñchens tenía lugar una numerosa reunión de baserreros y algunos hosteleros, en la que se trataba de oponerse al uso de carros con cajas, prevenido en las ordenanzas municipales para la conducción de basuras dentro de la capital. Dos horas antes, dos hombres, uno de ellos con el rostro tiznado, pegaron fuego al pajar de una casa inmediata a la Cruz cubierta, cuyo dueño había sido el primero en sujetarse a las acertadas disposiciones de la autoridad municipal, mandando construir una de dichas cajas. Un niño de cinco años vió la acción de dichos hombres, y mereció a su aviso pudo apagarse la llama, que de otro modo hubiera invadido todo el edificio. La autoridad instruye diligencias que pondrán en evidencia si existió o no relación entre ambos sucesos.

—Dice la «Correspondencia autógrafa»:

«Segun se ve por las cartas de Galicia, que publican algunos periódicos progresistas, entre los liberales de Santiago ha causado cierta alarma el que hayan llegado a aquel punto tres misioneros, con los cuales se han encontrado por varios días gran número de sacerdotes sin que se haya dejado entrar a ningún seglar. Pero las noticias que nosotros tenemos sobre este asunto, son que el hecho en cuestión no tiene nada de misterioso ni alarmante. El arzobispo de Santiago ha dispuesto que se hagan misiones, lo mismo para los eclesiásticos que para los seglares. En virtud de esta disposición, la mitad de los párrocos de la diócesis han acudido a Santiago y empezado los piadosos ejercicios. A practicarlos es a lo que se han reunido. Luego que terminen los que hoy se están haciendo, marcharán a sus parroquias y vendrán sus compañeros. Concluidas las misiones del clero, empezarán las destinadas a las demás clases del pueblo.»

CRONICA GENERAL.

—Plaza de toros.—El jueves por la tarde se celebró la segunda función gimnástica y acrobática en la plaza de toros, habiendo estado tan concurrida como la anterior, a pesar del mal tiempo. Todos los gimnastas trabajaron a cual mejor, sobre todo los hermanos Buislay y Braquet en la suerte de la *Percha peligrosa*. Parecía que después de la subida de la bola por la montaña espiral, no podía presentarse un espectáculo mas espantoso, y sin embargo, en la función última vimos otros que no pueden verse sin pavor. Primeramente vimos a un niño que se vuelve del revés, y se estira y se encoge como si fuera de goma elástica; después en la pantomima de los *Talísmanos* a un hombre que sirve de blanco, y en torno del cual elevan los demás individuos de la compañía arrojándole un sinnúmero de coñillos, que él ve venir hacia sí sin pestañear. Puede decirse sin exageración que le daban con los puñales en una tabla.

Por último, vimos a otro gimnasta que se envainó una espada por el exóforo, con la misma tranquilidad que si se bebiese un vaso de agua. Después presenciámos otros juegos menos peligrosos, pero mas desgraciados, puesto que en uno de ellos Braquet el pequeño se lastimó una rodilla; subió en la bola el Sr. Buislay por la montaña espiral, y últimamente se verificó la ascensión acrobática. Como estaba anunciado, subió también con Buislay menor, un corderillo que subió a la plaza balanceando contra semejante tratamiento. A bastante altura el infeliz animal fué soltado con paracaídas, merced a lo cual descendió lentamente; creemos que no se habrá hecho daño. El público salió en general complacido de la función.

—Vas policia.—Las calles de Madrid, a consecuencia de la poca que ha llovido, se encuentran intrasitables. De nada sirve que la prensa toda levante el grito en contra de los aul y mil abusos que por descuidos de policía urbana se vienen cometiendo. Acostumbraban antes los barrenderos a pasar sus escobas por las aceras; pero hoy semejante costumbre ha sido abolida, sin duda porque la limpieza está reducida con los zapatos. Varias son las calles que se encuentran en un lamentable estado de abandono; pero la de la Luna, sobre todo, esa calle sobre la cual lueven todas las plagas, esa calle cuyo empedrado no puede estar mas descompuesto, esa calle que por las noches permanece a oscuras, esa calle ha visto desaparecer sus dos aceras debajo de los montes de barro que las cubren. Son tantos los resbalones que dan en ella los transeúntes a consecuencia de sus lodos, que anoche estuvo una anciana a pique de desmenuarse.